

LA POBLACION Y EL DESARROLLO. HECHOS Y REFLEXIONES*

(CELADE)

RESUMEN

Se reseña el papel asignado a la población en las tesis de CEPAL sobre desarrollo justificándose la importancia de la dinámica demográfica en la planificación. Se presentan las tendencias demográficas, del crecimiento, composición etaria y distribución de la población, enfatizándose cambios ocurridos entre 1960 y 1985 y diferencias entre países. Se identifican dimensiones del desarrollo y sus efectos sobre el cambio demográfico. Considerando las transformaciones acaecidas y el grado de incertidumbre sobre futuros comportamientos de reproducción y sobrevivencia, se exploran cambios que acompañarían escenarios sociopolíticos alternativos, señalándose situaciones previsibles y desafíos. Tras revisar la experiencia, se mencionan requerimientos para incorporar insumos demográficos en planificación.

<DINAMICA DE LA POBLACION> <PLANIFICACION DEL DESARROLLO> <POLITICA DE POBLACION> <PAIS EN DESARROLLO>

* Documento presentado a la Reunión de Expertos sobre Crisis y Desarrollo en América Latina y el Caribe, organizada por la CEPAL y celebrada en Santiago de Chile (29 de abril al 3 de mayo de 1985).

POPULATION AND DEVELOPMENT, FACTS AND REFLECTIONS

SUMMARY

An outline of the role assigned to population in ECLAC's development thesis is presented here together with a justification of the importance of the demographic dynamics in planning. Demographic, growth, age composition and population distribution trends are described here, emphasizing changes occurred between 1960 and 1985 and differences among countries, identifying development dimensions and their effect upon demographic change. Considering the transformations that have taken place and the degree of uncertainty about future reproduction and survival behaviours, changes that would accompany alternative socio-politic conditions are explored, presenting predictable situations and challenges. After reviewing the experience, requirements for incorporating demographic inputs into planning are mentioned.

<POPULATION DYNAMICS> <DEVELOPING PLANNING>
<POPULATION POLICY> <DEVELOPING COUNTRY>

INTRODUCCION

Este documento constituye un esfuerzo colectivo con el cual el CELADE ha querido contribuir a animar el diálogo de las sesiones de la CEPAL Técnica y, en cierto modo, a rescatar el papel que juegan las variables demográficas en el proceso de desarrollo.

Siendo inagotables las manifestaciones de esa dinámica en la evolución histórica de la sociedad, ha sido necesario, en primer lugar, retener sólo algunas de ellas con el riesgo natural que tal selección implica.

Para los demógrafos y otros especialistas en el campo de población, uno de los desafíos más atrayentes que se presentan en la actualidad es aquel que supone desprenderse de la idea de que la evolución demográfica, económica y social de los próximos 25 años seguirá aproximadamente las pautas de lo acontecido en los dos decenios precedentes. Habrá que tener muy presente que lo que ocurrió en este último lapso resultó ser absolutamente novedoso —y aun impensable— hasta para los estudiosos de la realidad que formularon las hipótesis más audaces, allá por los años 50.

El trabajo ha sido organizado en capítulos y cada uno de ellos conserva el estilo de los autores. Como común denominador, sin embargo, la preocupación principal ha sido presentar los elementos demográficos sin tecnicismos y, aunque modestamente, se ha hecho un intento para trasponer el ámbito de la demografía cuantitativa. La intención principal de esta iniciativa no es otra que el reconocimiento implícito de la necesidad de un trabajo interdisciplinario y el deseo de avivar un diálogo entre profesionales de instituciones comprometidas todas ellas en el desarrollo de la sociedad latinoamericana.

I. LA POBLACION EN LAS CONCEPCIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

I.1. *Revisión de las tesis sobre el desarrollo latinoamericano y el papel asignado a la población.*

En los análisis del desarrollo latinoamericano realizados por la CEPAL la consideración de los factores demográficos no ha estado ausente. Ya en los primeros trabajos, en los que se expone la relación centro-periferia, el rápido crecimiento de la población es considerado

como un factor importante en el análisis de los problemas económicos que enfrentan los países de la región (CEPAL, 1949). Al explicar la tendencia al deterioro en los términos de intercambio se concluye que su causa fundamental es el extraordinario crecimiento de la oferta de mano de obra derivado del rápido crecimiento de la población y del desplazamiento de fuerza de trabajo que la incorporación de nuevas tecnologías provoca en los sectores más atrasados, particularmente la agricultura. Se considera que el exceso de mano de obra en la producción del sector primario deprime los salarios y los precios de los productos de ese sector que exporta la periferia. En cambio, la fuerza de trabajo de los centros, relativamente más escasa y más organizada, tiene un mayor poder de negociación para aumentar su remuneración en los períodos de auge y evitar su deterioro en las contracciones cíclicas.

También en esa época se elabora una teoría según la cual la tendencia al desempleo en los países de la región es de carácter estructural. Por una parte, considerando la oferta de empleo, los bajos niveles de productividad e ingreso limitan el ritmo de acumulación, que se realiza además mediante inversiones de elevada densidad de capital y gran escala, insuficientes para absorber productivamente la fuerza de trabajo disponible. Por otra, el rápido crecimiento de la población y la incapacidad de los sectores más atrasados para retener el crecimiento vegetativo de su población activa, contribuyen a acentuar la tendencia al desempleo. Ese enfoque, que considera simultáneamente la oferta y la demanda de empleo, hace depender a ambas de la magnitud de la heterogeneidad estructural (Prebisch, 1963).

El pasaje de la etapa de desarrollo hacia afuera a una fase de industrialización sustitutiva conlleva cambios en la estructura social y en la distribución del ingreso, que modifican la composición de la demanda y la dimensión del mercado. La utilización de técnicas de alta densidad de capital permite aumentar la producción industrial y la producción agrícola, pero el uso de esas técnicas limita el poder de absorción en la industria y genera exceso de fuerza de trabajo en el campo. Ello hace que los campesinos y obreros tengan una participación muy limitada en los incrementos de la productividad del trabajo. Los beneficios de los empresarios y las rentas de la propiedad aumentan y lo mismo ocurre con la concentración de la riqueza, lo que permite a esos grupos mantener elevados índices de consumo. Y aunque como consecuencia de la diversificación de la economía se produce un aumento de los estratos medios, en la estructura social predominan ampliamente los sectores de muy bajos ingresos. Esa rigidez de las estructuras, debida como se dijo a la incapacidad del sistema

económico para absorber productivamente a la fuerza de trabajo es un obstáculo fundamental para la acumulación y, de esa forma, ocasiona la pérdida de dinamismo del proceso de desarrollo sustitutivo (hacia dentro).

Sin embargo, aunque los ejemplos anteriores muestran que en los primeros análisis de la CEPAL no se dejaron de tener en cuenta los factores demográficos, es claro también que la forma en que se han considerado no fue detallada y suficientemente explícita. No hubo, por una parte, un análisis preciso de los componentes del cambio demográfico. Generalmente, se hace referencia al crecimiento de la población sin considerar el efecto de los cambios en la mortalidad, la fecundidad y la migración internacional que lo determinaron y las diferentes estructuras etarias que resultaron. Tampoco se incorporaron en el análisis relaciones entre la posición en la estructura social y el comportamiento demográfico de los individuos. Hay algunas referencias a la influencia que, por ejemplo, el cambio en la tecnología médica y el desarrollo, tienen sobre el crecimiento de la población a través de la disminución de la mortalidad, pero no se discuten ni integran en ese análisis las causas de la persistencia de los elevados índices de natalidad. Por último, y esto es quizás lo más destacable, la evolución demográfica se considera como un factor exógeno en los análisis y proyecciones, aunque está implícito que el proceso de transición demográfica se relaciona con el desarrollo. La consideración exógena de las tendencias de la población se corresponde claramente con una ausencia total de referencias a políticas demográficas.

La situación descrita no cambia fundamentalmente sino hasta el año 1970, cuando se presenta un informe al BID (Prebisch, 1970), en el cual, por una parte, se da mucha mayor importancia al papel que tiene el rápido crecimiento de la población en la gestación de algunos problemas fundamentales del desarrollo y, por otra —y esto es lo más significativo— se plantea la necesidad de adoptar medidas tendientes a reducir el ritmo de crecimiento. Se reconoce que cada vez se han hecho más evidentes las contradicciones que se originan en la adopción de los adelantos científicos y tecnológicos y se destaca en particular la que se observa entre el rápido crecimiento de la población y el ritmo de acumulación de capital. La insuficiencia dinámica de la economía, debida a la lenta acumulación y a otros factores estructurales, no ha permitido atender las necesidades derivadas del crecimiento de la población, originándose un enorme desperdicio del potencial humano, con deterioro de la distribución del

ingreso y aumento de las tensiones sociales. Tales condiciones han mostrado un notable grado de persistencia.

En este enfoque renovado del desarrollo de América Latina se señala que aunque el extraordinario ritmo de crecimiento de la población es un hecho relativamente reciente, el mismo ya había estado influyendo sobre los gastos del Estado, desde la Segunda Guerra Mundial, en inversiones sociales en vivienda, salud y educación, los cuales de todos modos habían sido insuficientes para satisfacer las demandas de la población. Al mismo tiempo, los efectos del crecimiento de la población sobre la fuerza de trabajo y la creciente dificultad para absorber a ésta productivamente pasaron a constituir un problema fundamental del desarrollo de la región. Y, al examinar las causas de la insuficiencia dinámica de la economía y los planteamientos para su posible corrección, se critica que, a pesar de esas evidencias, el elevado ritmo de crecimiento demográfico observado durante la década de los años 60 no fue incorporado adecuadamente en la interpretación del proceso de desarrollo de la región y se afirma que las consecuencias del cambio demográfico "imponen perentoriamente nuevas formas de actuar sobre las fuerzas del desarrollo". (Prebisch, 1970:86).

En algunos de los planteamientos relativos a la superación de la insuficiencia dinámica se muestra que, a corto plazo, el crecimiento de la productividad por hombre ocupado depende de la acumulación de capital y de la capacitación técnica, requiriéndose esfuerzos de inversión para aumentar la productividad de los ocupados y para dar ocupación a la fuerza de trabajo desplazada precisamente por ese aumento de la productividad. En relación al caso específico del sector agropecuario en América Latina, se estima que la expulsión de fuerza de trabajo no sólo se deriva de la inversión que sustituye mano de obra y del crecimiento demográfico, sino principalmente de las rigideces en el sistema de tenencia de los recursos, de los cambios en la composición de la demanda y de la mayor eficiencia en la utilización de la tierra disponible en algunas áreas. En virtud de estas consideraciones, se presenta un dilema, muy difícil de resolver, entre el logro de la retención de fuerza de trabajo en la agricultura y el incremento del producto por hombre ocupado en esa actividad. Del consenso de que la situación de atraso en las condiciones de vida de la población dependiente en la agricultura debería superarse, y -teniendo en cuenta que la aplicación de las reformas en la tenencia de la tierra podría permitir que ese objetivo se alcanzara sólo parcialmente— se deducía la necesidad de conseguir una mayor absorción de mano de obra en la industria y los servicios. Se estimaba que estas

condiciones sólo podían satisfacerse con un ritmo de crecimiento económico superior al 7 por ciento anual.

Según otro de los planteamientos expuestos en 1970, se suponía que la tasa de crecimiento del producto por hombre aumentaría gradualmente tanto en el sector agropecuario como en el grupo de la industria (industria, construcción y minería); reflejando esa evolución, el ritmo de crecimiento de la economía se elevaría paulatinamente hasta el 8 por ciento, manteniéndose en ese nivel por varios años. Se reconocía, asimismo, que la experiencia histórica, tanto fuera como dentro de la región, señala que la proporción de la fuerza de trabajo total ocupada en actividades agropecuarias tiende a decrecer en relación directa con el progreso técnico. Esto implicaba que si este proceso se acelerara, aumentando el ritmo de crecimiento del producto por persona ocupada por encima de los niveles supuestos, o que el crecimiento de la población superara al previsto, entonces la absorción de la fuerza de trabajo redundante no se podría lograr sin un incremento de la tasa de acumulación de capital que impulsara el ritmo de desarrollo.

Teniendo en cuenta los análisis realizados en esos planteamientos, se examina la acción de las fuerzas espontáneas que determinan las bases estructurales del sistema y se propone una estrategia para la transformación de esas estructuras y el desarrollo del sistema económico. En cuanto a la estructura agraria, se destaca que aunque el progreso técnico aumenta el producto por hombre ocupado en la agricultura, el ingreso de los trabajadores del campo no crece en la misma medida. La abundancia de la mano de obra y la concentración de la propiedad de la tierra hacen que los beneficios del progreso técnico sean apropiados por los terratenientes y empresarios modernos agrícolas. Algo similar ocurre en las ciudades, donde los propietarios retienen la renta del suelo, que se eleva con el desarrollo y el incremento demográfico.

En los planteamientos de la CEPAL en esos años se efectúan consideraciones explícitas sobre la población. Así, se reconoce que el bajo ritmo de acumulación de capital y el estrangulamiento externo son, en parte, determinados por la alta tasa de crecimiento demográfico. De igual forma, se señala que así como es necesario influir sobre las tendencias espontáneas de las variables económicas, también deben emprenderse acciones encaminadas a reducir el crecimiento de la población mediante el control de la natalidad, aunque se advierte que esta medida no aumentará por sí sola la tasa de crecimiento eco-

nómico. También se advierte que es necesario conocer las interrelaciones entre la población y el desarrollo y que tanto los cambios en el comportamiento demográfico como las consecuencias de estos cambios se gestan y ocurren en períodos de tiempo variables. Así, el efecto de una disminución de la natalidad sobre el tamaño de la fuerza de trabajo sólo se podrá observar después de unos 15 años, cuando comiencen a incorporarse las cohortes afectadas por esa disminución. Sin embargo, a más corto plazo, el efecto podría ser contrarrestado por un eventual aumento de la participación en la actividad económica de las mujeres que disminuyen su fecundidad.

En cuanto al bienestar familiar se señala que la reducción de la natalidad, sobre todo en los estratos de menores ingresos, tendría un efecto muy rápido sobre el rendimiento del presupuesto familiar. La disminución de la natalidad también contribuiría a mejorar la atención en los servicios de salud, educación y vivienda, aunque se advierte que los déficit acumulados son el problema fundamental. En todo caso se recomienda no posponer las decisiones sobre la formulación de una política demográfica. Se considera que el logro de los objetivos generales de desarrollo económico y social que se plantean los países de la región para el largo plazo dependerá en buena parte de la pronta adopción de medidas tendientes a afectar deliberadamente las variables demográficas. Y, ante la opinión de que la fecundidad descenderá naturalmente a medida que los países se desarrollan, se sostiene que la inducción de ese cambio no podría ser objetada si se hace como parte de una estrategia de desarrollo económico y social.

Se reconoce que los países de América Latina podrían sustentar una población mucho mayor que la que tienen en la actualidad, pero se destaca que es necesario tener en cuenta el tiempo en que se alcanza ese tamaño y las condiciones de vida que tendrían la población. Se plantean entonces dos opciones: alcanzar rápidamente ese tamaño hipotético aumentando la insuficiencia dinámica, o llegar a él disfrutando mientras tanto de mejores niveles de vida. Para esto último se requeriría superar el creciente desequilibrio entre el aumento de la población y la acumulación; sin embargo, se advierte, entre las conclusiones, una nota de cautela: “. . . librémonos de caer en el simplismo de considerar que la limitación de la natalidad es una alternativa a una vigorosa estrategia de desarrollo económico y social. Esa estrategia tiene desde luego que ser la expresión de irrenunciables decisiones nacionales en las cuales la política demográfica sea un elemento claramente definido a la luz de consideraciones de largo alcance, que no pueden ser, por su naturaleza, estrictamente económicas” (Prebisch, 1970:236).

1.2. Justificación de por qué la dinámica demográfica debe ser parte integrante de los planes de desarrollo.

El elevado ritmo de crecimiento de la población, su acelerado proceso de redistribución espacial y la progresiva incidencia de la urbanización, fenómenos que se manifestaron con mayor intensidad y de un modo general en los países de América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, junto con la persistencia y aun el agravamiento de los problemas de pobreza y desempleo que estos países han estado enfrentando en sus esfuerzos por lograr un desarrollo económico y social autosostenido, han contribuido mucho para que en las últimas décadas se haya despertado un gran interés por el conocimiento de las relaciones entre los factores económicos, sociales y demográficos.

El mero examen de las tendencias históricas del crecimiento de la población y del producto per cápita en América Latina no permite, sin embargo, obtener una imagen suficientemente definida acerca de sus relaciones. En rigor, esta aparente ausencia de una asociación nítida entre ambos elementos se debe a que las interacciones que se presentan entre los procesos de cambio económico y social y la dinámica demográfica son muy intrincadas y comportan expresiones específicas que no se manifiestan de manera simple a escala global. Debe tenerse presente que tanto el crecimiento de la población como el del producto son variables muy agregadas, de un alto grado de abstracción, que no reflejan la gran complejidad inherente a los procesos involucrados.

Una elevada tasa de crecimiento de población puede derivarse de situaciones demográficas muy diferentes (fecundidad moderada, mortalidad baja y un saldo migratorio positivo importante; o, fecundidad elevada, mortalidad relativamente baja y un saldo migratorio nulo, por ejemplo) que se reflejan también en distintas estructuras por edad de la población con importantes, aunque disímiles, implicancias en el desarrollo. Es más, tasas similares de crecimiento de la población total de un país pueden desprenderse de la acumulación de procesos demográficos significativamente distintos en diferentes grupos o estratos sociales y en diferentes áreas geográficas dentro del territorio nacional. Por consiguiente, una determinada tasa de crecimiento no es más que el resultado neto de la intervención de múltiples factores que pueden presentar comportamientos disímiles y hasta aparentemente contradictorios. De ello se infiere que el empleo de cifras agregadas es insuficiente para expresar los eventuales efectos

que el grado de desarrollo de una sociedad pudiera ejercer sobre el cambio de población.

A su vez, las magnitudes y tendencias del ingreso per cápita de un país dependen de un conjunto de factores, incluyendo los recursos humanos y naturales, el capital disponible y la tecnología en uso, las modalidades de organización productiva y la estratificación social, las instituciones políticas y culturales y las pautas que adopten las relaciones internacionales. Cabe reconocer, además, que estos factores están vinculados entre sí de una manera extremadamente compleja. Por lo tanto, no resulta apropiado derivar las eventuales implicancias demográficas que se desprenderían de indicadores tan agregados como la tasa de crecimiento del producto o del ingreso per cápita; tampoco es adecuado inferir los posibles efectos que las tendencias demográficas ejercerían sobre la evolución de aquellos indicadores.

Tomando en cuenta estas consideraciones acerca de la complejidad inherente al comportamiento tanto de los procesos económicos y sociales como de los demográficos, no es extraño que el estudio de las relaciones entre ambos conjuntos se enfrente con serias dificultades. Muchos de los esfuerzos de investigación se han concentrado en el análisis por separado de los factores que determinan las tendencias demográficas y las consecuencias de estas últimas. Diversos estudios efectuados sobre países de América Latina muestran cómo los factores económicos y sociales influyen sobre los niveles y la evolución de la fecundidad, la mortalidad y la migración, es decir, sobre los componentes directos del cambio de población. También existen, aunque son mucho más escasas, las investigaciones que examinan las consecuencias o implicancias económicas y sociales de los cambios en el tamaño de la población nacional, su estructura por edad y su distribución en el territorio. De ahí entonces que, en principio, la tasa de crecimiento de la población no pueda considerarse, por sí misma, como un factor positivo o negativo del desarrollo, sin examinar, en profundidad, el proceso concreto de cambio demográfico, atendiendo a sus dimensiones fundamentales (tamaño, composición, distribución espacial), al ámbito económico, social y cultural en que ese proceso tiene lugar, así como al complejo de valores orientado por el sistema político vigente. El análisis de la relación entre las tendencias de la población y el desarrollo no puede, por consiguiente, reducirse a un ejercicio de confrontación entre el crecimiento de la población y el del producto per cápita, sino que debería integrar los principales elementos intervinientes en ambos procesos de cambio.

La importancia del papel de las variables demográficas en la planificación se deriva precisamente del hecho que, no perteneciendo

ellas a un sistema que opera de modo independiente, su significación estriba en el establecimiento de sus interrelaciones con otros factores económicos, sociales y culturales. El proceso de desarrollo que es motivo de la planificación afecta, directa e indirectamente, a los agentes que determinan el tamaño, el crecimiento, la estructura, la composición y la distribución espacial de la población; a su vez, estas dimensiones influyen de diversas maneras sobre múltiples aspectos de la realidad que es objeto de la planificación. Ha sido justamente el reconocimiento de la existencia de esas interrelaciones y de la necesidad de trabajar con ellas, lo que ha conducido al planteamiento de la necesidad de formular políticas demográficas integradas en las estrategias de desarrollo.

Todo intento de inserción de las variables demográficas en las estrategias de desarrollo involucra ciertos requerimientos esenciales. En primer lugar, debe adquirirse el conocimiento acerca de las consecuencias que los cambios en el tamaño, el ritmo de crecimiento, la estructura por edad, la composición según diferentes categorías socioeconómicas y la distribución espacial de la población, tendrán sobre diferentes aspectos de la economía y la sociedad, en el caso concreto en que se lleva a cabo el proceso de planificación. Ese conocimiento permitirá plantear metas demográficas que, evidentemente (con la excepción de las que se refieren a la mortalidad), no son válidas o deseables *per se*, sino que son instrumentales para el logro de los objetivos específicos del desarrollo. En segundo lugar, suponiendo que se han definido esas metas, corresponde diseñar las políticas (demográficas) para alcanzarlas, y en este caso es esencial el conocimiento de los factores económicos, sociales y culturales que determinan el comportamiento demográfico, es decir, los niveles de mortalidad, las pautas reproductivas y la propensión a migrar, también en la situación concreta objeto de planificación.

Aun cuando son muy pocos los países de la región que han establecido metas demográficas en los planes de desarrollo y que han definido políticas explícitas para alcanzar tales metas, cabe señalar que la inserción de aquellas variables en la planificación representa una necesidad fundamental. Esta necesidad puede ser probada incluso con independencia de una política demográfica explícita, por cuanto el proceso de desarrollo que los planes y políticas económicas y sociales tratan de promover inducirá, de una forma u otra, cambios en las variables demográficas cuyos efectos revertirán sobre el eventual impacto de las acciones diseñadas. Por lo tanto, aunque exista la convicción de que las variables demográficas (exceptuando el caso de la mortalidad) no deben ser objeto de políticas específicas destinadas

a modificar sus tendencias, ello no excluye que se considere importante estimar sus probables modificaciones y evaluar las repercusiones de las mismas sobre diferentes aspectos del proceso de desarrollo en el futuro. Lo mismo puede señalarse con relación a otras etapas de la actividad de planificación. Así, por ejemplo, la integración de las variables demográficas en los análisis del diagnóstico que sirve de base para la elaboración de un plan puede significar una contribución muy valiosa para lograr una correcta interpretación de las causas de los problemas del desarrollo, para identificar comportamientos diferenciados entre grupos sociales y áreas geográficas o para una evaluación más precisa de las estrategias y políticas que se ejecutaron en el pasado para enfrentar esos problemas.

II. LAS TENDENCIAS DEMOGRAFICAS EN EL PERIODO 1960-1985

Dada la vinculación que existe entre la dinámica de las variables demográficas y los procesos de desarrollo económico y social y, en particular, la necesidad de considerar esa dinámica como parte inherente a los planes de desarrollo, en este capítulo se presenta una descripción de las tendencias demográficas de los países de la región latinoamericana y del Caribe durante el período 1960-1985.

Hasta ahora ha sido tradicional la inclusión, en los planes de desarrollo económico-social, de indicadores, en términos absolutos o relativos, sobre el crecimiento de la población, la estructura por edades y la distribución espacial dentro del país. Sin embargo, esas dimensiones, sean para un país o una región, no son más que consecuencias de la evolución histórica de los llamados componentes demográficos: la fecundidad, la mortalidad y la migración. Por lo tanto, cualquier acción, gubernamental o privada, orientada a modificar las tendencias demográficas requiere, necesariamente, de la modificación de alguna de esas dimensiones o de una combinación entre ellas, reconociendo de antemano que cambios en el comportamiento y la evolución de alguno de esos componentes pueden constituir, por sí mismos, metas de políticas. Por ejemplo, la reducción de tasas de mortalidad infantil es un objetivo permanente y universal de los planes de salud, en especial en los países en vías de desarrollo.

Por las consideraciones anteriores, este capítulo comienza analizando el comportamiento, a través del tiempo, de los componentes del cambio demográfico, para luego examinar sus efectos sobre el crecimiento y la estructura por edad de la población. Se concluye el

capítulo con la presentación del proceso de urbanización experimentado, durante este período, por los países latinoamericanos.

II.1. *La fecundidad*

La región latinoamericana ha presentado una tendencia decreciente de la fecundidad que se manifiesta en un descenso desde aproximadamente seis hijos por mujer (tasa global de fecundidad, TGF) en el quinquenio 1960-1965 a cuatro hijos por mujer en 1980-1985, es decir, una disminución de alrededor de dos hijos por mujer. Esta cifra, que es sólo un promedio de la región, no refleja la gran diversidad de tendencias entre los países. Atendiendo a la magnitud y la evolución de la fecundidad, estos países podrían agruparse en cinco categorías:

- a) Fecundidad alta al comienzo del período, 1960-1965, esto es una TGF de más de seis hijos por mujer, y con un leve descenso de aproximadamente un hijo en la TGF, en los 20 años siguientes (Bolivia, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras y Nicaragua).
- b) Fecundidad alta al comienzo, con una TGF mayor a seis hijos por mujer y un descenso importante de la fecundidad, alrededor de 2.5 hijos menos por mujer (Brasil, Colombia, Ecuador, México, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela).
- c) Fecundidad alta al inicio, con un descenso muy importante que implica una disminución mayor de tres hijos por mujer en la TGF en los 20 años (Costa Rica y República Dominicana).
- d) Países con una TGF entre 4 y 6 hijos por mujer al inicio y que experimentaron un descenso de alrededor de 2.5 hijos por mujer, lo que constituye, en relación a la magnitud inicial, un descenso muy importante (Cuba y Chile).
- e) Países con fecundidad baja y con poca variación en el período considerado, con una TGF de alrededor de 3 hijos por mujer (Argentina y Uruguay).

Los países de habla inglesa de la región del Caribe, en su conjunto, se ubican entre los de fecundidad moderada al comienzo del período y con un descenso muy importante. Las excepciones son Guyana, que corresponde al grupo de alta fecundidad con descenso pronunciado, y Suriname, con alta fecundidad y poca variación.

Además de la heterogeneidad observada entre los países, cabe destacar las diferencias en cuanto a los momentos en los cuales el descenso comienza a ser perceptible y registrado en las estadísticas, así como en cuanto a su velocidad. Por ejemplo, mientras en Costa Rica la fecundidad comienza a descender en los primeros años de la década del 60, en forma pronunciada, en México ese descenso se hace manifiesto a mediados de los 70.

Así como se observa heterogeneidad entre los países, también se advierten fuertes diferencias dentro de éstos, tanto entre áreas geográficas como entre grupos socioeconómicos. Por ejemplo, en estudios sobre diferencias de la fecundidad llevados a cabo en distintos países de la región, se observa que la población con mayor nivel educativo se reproduce con una TGF que es casi la mitad de la correspondiente a mujeres sin instrucción o con muy pocos años de estudios aprobados. Diferencias importantes se encuentran también cuando se examina la fecundidad de la mujer según su participación en las actividades económicas, su área de residencia y su pertenencia a distintos grupos socioeconómicos. Como un ejemplo de la variabilidad de este comportamiento, puede señalarse que, en 1976, para un mismo país las mujeres con mayor instrucción de la ciudad capital tenían 2.7 hijos en promedio, mientras que las sin instrucción de una zona rural deprimida superaban, en promedio, los 9 hijos.

Los estudios antes mencionados ponen en evidencia también que los cambios de la fecundidad no ocurren en forma simultánea ni con la misma intensidad entre los diferentes sectores de población. La información disponible para algunos países con descensos pronunciados de la fecundidad indica que éstos han ocurrido, en primer lugar, entre los sectores urbanos, y de preferencia en los grupos sociales medios y altos. Aun en países con alta fecundidad, donde el promedio nacional no ha sufrido variaciones ostensibles en los últimos años, es posible detectar descensos concentrados en determinados grupos, particularmente urbanos.

Lo señalado en los párrafos precedentes representa una síntesis de lo acontecido en el período en estudio. Es conveniente, además, destacar que los cambios ocurridos en la fecundidad han superado lo que se anticipó en las proyecciones elaboradas a comienzos del 70. Las diferencias entre las estimaciones de las tendencias de la fecundidad, efectuadas en torno a 1970, para el período 1960-1965, con las estimaciones más recientes pueden explicarse fundamentalmente por las siguientes razones:

- a) Mayores y mejores fuentes de información y disponibilidad de nuevas técnicas de análisis.
- b) Criterios utilizados para formular las hipótesis de proyección de la fecundidad.

Con relación al punto a), la inclusión en censos y encuestas, cada vez con mayor frecuencia, de preguntas destinadas a recoger información dirigida al análisis de la fecundidad, permitió mejorar las estimaciones nacionales, desagregarlas para subgrupos de población, y ubicarlas con mayor precisión en el tiempo.

En relación a las bases de sustentación de las hipótesis establecidas hacia 1970 cabe señalar que, si bien se utilizaron curvas matemáticas similares a las que actualmente se usan, la idea básica era que los países en proceso de desarrollo tenderían en el futuro lejano a una fecundidad superior a la presentada por los países más desarrollados, con fecundidades que tienen valores de reemplazo, es decir una tasa global de fecundidad (TGF) de alrededor de dos hijos por mujer. La fundamentación de esta idea estaba respaldada por el pensamiento, muy difundido en esos años, en el sentido de que los países en desarrollo no podrían alcanzar situaciones demográficas similares a los países más avanzados sin antes lograr cierto grado, apreciable, de desarrollo económico y social. Los hechos observados en varios países han puesto en duda la validez del razonamiento por analogía que dio sustento a estas hipótesis. Cabe destacar, por ejemplo, el caso de Cuba, cuya TGF para el período 1980-1985 es inferior a 2, por lo que de mantenerse esta situación, la próxima generación no alcanzaría a reemplazar a la actual.

Otro elemento que tuvo un efecto en la formulación de esas hipótesis más bien conservadoras de la evolución de la fecundidad fue la creencia que las políticas destinadas a la reducción de la misma (la planificación familiar) no tendrían un impacto tan manifiesto como el que efectivamente se ha observado. En rigor, no son pocos los países que, guardando ciertas diferencias, han llevado a cabo programas con un efecto importante sobre la fecundidad.

Otro de los supuestos, generalmente admitido hace unos años al elaborar proyecciones de población, tenía que ver con la convergencia, a plazos no muy lejanos, de las situaciones demográficas de los distintos países en torno a un promedio común. La experiencia reciente muestra que si bien esa tendencia convergente subsiste, las desviaciones respecto del promedio son marcadas y de gran persistencia.

A título ilustrativo de los factores explicativos del rápido descenso de la fecundidad en algunos países, se presentan a continuación algunos elementos relacionados con el caso de Costa Rica. Según estudios recientes, la planificación familiar jugó un papel muy importante en el descenso extraordinario de la fecundidad en este país. De acuerdo a una encuesta (ENF, 1976), el 82 por ciento de las mujeres alguna vez casadas había practicado algún tipo de anticoncepción y cuatro de cada cinco mujeres expuestas en unión, fértiles, no embarazadas, eran usuarias de anticonceptivos al momento de la encuesta. Entre estos métodos aparece la esterilización femenina que, no siendo suministrada por los servicios de salud pública, involucraba a más de un 25 por ciento de las mujeres expuestas. Un argumento algunas veces esgrimido para restar importancia al efecto de este mecanismo de control en la caída de la fecundidad, es que se trata de mujeres que recurren a él luego que han tenido un cierto número de hijos. Otros estudios demuestran además (ADC, 1984) que la nupcialidad (proporción de mujeres casadas y unidas, edad a la primera unión), y los hábitos de amamantamiento de los hijos (a través de su incidencia en el intervalo intergenésico) tienen menor importancia en la reducción de la fecundidad.

El hecho de que en Costa Rica los programas de planificación familiar consiguiesen efectos más marcados que en otros países de la región se deriva de la existencia de ciertas precondiciones económicas, sociales, políticas y culturales, que facilitaron la aceptación y difusión de esos programas. Así, por ejemplo, se admite generalmente que el descenso de la fecundidad fue altamente favorecido por la intervención estatal, a través de los servicios de salud y educación, la integración territorial y la cobertura de los medios de comunicación, todo lo cual coadyuvó a acelerar el cambio en la escala de valores, incluyendo entre estos a los relacionados con el tamaño de la familia.

Para cada país de América Latina existe suficiente material estadístico e hipótesis que permitirían elaborar síntesis específicas de la evolución de la fecundidad, pero un ejercicio de esta índole excedería los límites de este documento. (IFHIPAL, 1980; 1984). El ejemplo precedente no tiene otro propósito que el de llamar la atención sobre la conveniencia de no restringir los ejercicios interpretativos al reducido ámbito de las magnitudes demográficas.

II.2 *La mortalidad*

Los países de América Latina presentaron una tendencia decreciente en su mortalidad. Para la región en conjunto se estimaba una

esperanza de vida al nacer (e_0) de alrededor de 57 años, al comienzo del período en estudio —1960 a 1965—, la que alcanzó, en el quinquenio 1980-1985, un valor de 64,5 años; esto es, un aumento de 7,5 años en dicho indicador. Este descenso de la mortalidad puede considerarse moderado teniendo en cuenta los relativamente bajos valores de la esperanza de vida al inicio del período. De acuerdo con experiencias en situaciones comparables en algunos países de la región y fuera de ella, esa ganancia pudo alcanzar alrededor de 10 años sin que mediaran esfuerzos extraordinarios, por lo que el progreso alcanzado ha sido más bien modesto.

Como en el caso de la fecundidad, la esperanza de vida al nacer promedio de la región no refleja la diversidad de comportamientos particulares observados en los países que la componen. Atendiendo a la magnitud alcanzada al comienzo del período en estudio y a la intensidad relativa del descenso de la mortalidad, pueden clasificarse los países en cinco categorías:

- a) Baja mortalidad al inicio, e_0 de 65 años y más, con descensos leves que implican alrededor de tres años de ganancia en la esperanza de vida al nacer durante los 20 años considerados (Argentina y Uruguay).
- b) Moderadamente baja mortalidad al inicio, más de 58 años de e_0 , con descensos relativamente importantes de alrededor de 10 años de ganancia en la esperanza de vida al nacer en esos 20 años (Costa Rica, Cuba, Chile, Panamá y Venezuela).
- c) Moderadamente alta, en torno a un e_0 de 55 años, con descensos relativamente modestos que equivalen a ganancias en la esperanza de vida al nacer de alrededor de 7,5 años en el período analizado (Brasil, Colombia, Ecuador, México y Paraguay).
- d) Mortalidad alta, alrededor de 50 años de e_0 en el quinquenio 1960-1965, con descensos que son bastante moderados en relación con la experiencia histórica para esos niveles, situándose en unos 12 años de ganancia de esperanza de vida al nacer en 20 años (El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Perú y República Dominicana).
- e) Muy alta mortalidad, menos de 45 años de e_0 en 1960-1965 y descensos muy exigüos, que corresponden a ganancias en la esperanza de vida al nacer en torno a los 7 años en el período (Bolivia y Haití).

Los países del Caribe de habla inglesa, como conjunto, se ubican entre los de mortalidad baja y moderadamente baja al inicio del período, con descensos importantes, que los conducen a una esperanza de vida al nacer en el quinquenio 1980-1985 superior a 69 años.

Dentro del panorama sintético señalado en los párrafos precedentes cabe destacar, por un lado, la esperanza de vida extraordinariamente alta alcanzada por Cuba y Costa Rica en el quinquenio 1980-1985: de 73,5 y 73 años, respectivamente, valores que son aun mayores a los que se pueden observar en algunos países desarrollados en la actualidad. En el otro extremo, con una diferencia superior a veinte años en su esperanza de vida, están Bolivia y Haití: 50,7 y 52,7 años respectivamente. A la luz de la experiencia histórica acerca de la magnitud alcanzada por las ganancias anuales medias en la esperanza de vida al nacer, podría sostenerse que las diferencias entre estas situaciones extremas son equivalentes a un desfase de unos 40 años en la evolución de los sistemas de salud y de otros factores asociados a la mortalidad.

La mortalidad infantil, que expresa la probabilidad que tiene un recién nacido de morir antes de su primer año de vida, muestra con nitidez la diversidad de situaciones entre los países de América Latina. Sus valores extremos, según los datos más recientes, varían entre un mínimo de alrededor de 20 por mil y 125 por mil y aun estos valores más altos podrían incluso estar subestimados debido a las deficiencias (particularmente omisiones en el registro de muertes) que afectan a los datos básicos empleados para su cálculo.

Existe una gran heterogeneidad de la mortalidad dentro de los países; en particular, la mortalidad infantil presenta diferencias muy marcadas entre grupos específicos de la población. Estudios realizados en el CELADE (IMIAL, 1976; 1984) sobre la mortalidad de la niñez, permiten concluir que los niños de mujeres analfabetas tienen un riesgo de morir que supera en más de cuatro veces al de niños nacidos de mujeres con estudios superiores, independientemente de la magnitud de la mortalidad vigente en el país. Como un ejemplo de contrastes extraordinarios entre subpoblaciones de un país se puede decir que, según el censo de 1976 en Bolivia, los hijos de madres que sólo hablan lengua quechua —que aportan el 21 por ciento del total de nacimientos—, están expuestos a una mortalidad infantil de 218 por mil nacidos vivos mientras que para los hijos de mujeres que sólo hablan castellano esa mortalidad es de 107 por mil. Más del 50 por ciento de los nacimientos totales del país provienen de mujeres que hablan sólo alguna lengua indígena, estando sujetos a una mortalidad

infantil de más de 170 por mil. Estas cifras son el reflejo de las malas condiciones materiales de vida de la población (bajos niveles de instrucción, deficientes condiciones de la vivienda), factores culturales, y una elevada fecundidad. El ejemplo referido al caso particular de un país pone en evidencia lo que ocurre en la casi totalidad de los demás países de la región; aunque con magnitudes diferentes, cada vez que los datos han permitido la aplicación de estudios apropiados se han advertido diferencias extremadamente grandes en cuanto a la incidencia que presenta la mortalidad infantil entre distintos grupos socioeconómicos y áreas geográficas. Por lo tanto, el ejemplo mencionado no ilustra un caso excepcional, sino que es indicativo de una situación generalizada en América Latina.

A diferencia de lo ocurrido con la fecundidad, los pronósticos sobre la evolución de la mortalidad elaborados al inicio de los años 70 no muestran serias discrepancias con la trayectoria efectivamente observada. Las diferencias constatadas para los países individualmente considerados no indican sesgos sistemáticos de subestimación o sobreestimación de la mortalidad (CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 5; No. 32).

Entre los diversos intentos destinados a explicar la evolución de la mortalidad en los años recientes se encuentra la llamada "teoría del umbral", según la cual el valor de ciertos índices respecto de la salud y el bienestar de la población tienen como prerequisite el logro de una etapa superior del desarrollo económico y social. De acuerdo con este enfoque, si bien los países en desarrollo pueden mostrar importantes descensos en la mortalidad mediante la importación de tecnologías médicas de bajo costo y campañas sanitarias de tipo masivo, que permiten reducir en gran medida las muertes por enfermedades infecciosas y parasitarias, tales descensos tienen un límite establecido por las condiciones de vida. En América Latina, sin embargo, hay países que muestran que es posible superar ese umbral, sin llegar a constituirse en países desarrollados. Los casos de Costa Rica y Cuba son ejemplos de esta situación; en ellos la obtención de muy bajos niveles de mortalidad podría estar asociada, entre otros, a los siguientes elementos:

i) en el pasado gozaban de una situación relativamente privilegiada dentro de la región, lo que podría llamarse "tradición favorable", en materia de salud;

ii) funcionamiento de un sistema político caracterizado por la continuidad y coherencia en la formulación de los programas de salud y su puesta en práctica;

iii) ejecución de una política social global integral, en que la baja de la mortalidad es un elemento destacado de la preocupación por el bienestar de la población y, así, los avances en mortalidad son acompañados de logros en educación, seguridad social, nutrición infantil y otros;

iv) establecimiento de políticas con énfasis en la redistribución del ingreso y el acceso más equitativo a todos los beneficios de la sociedad;

v) participación activa de la comunidad a través de diferentes canales.

II.3 *La migración internacional*

Hasta comienzos de la década de 1970, se prestaba poca atención a la migración internacional en los estudios de la situación demográfica de los países latinoamericanos. Se ha producido un cambio importante desde entonces; ahora, cada vez en mayor número, y debido a la importancia que ha tomado esta variable, se han hecho intentos para estimar los saldos netos migratorios de cada uno de los países. Esta variable es la más difícil de estimar, por la escasez y poca confiabilidad de los datos disponibles, y es también la más compleja de proyectar, sea en el espacio o en el tiempo. De hecho, se han mejorado las técnicas de medición, pero no se pueden anticipar las magnitudes y tendencias migratorias derivadas de acontecimientos desencadenantes, no obstante que, en algunos casos, pueden alcanzar cifras comparables a las muertes anuales. Reflejando la importancia adquirida por esta variable, en contraste con lo ocurrido hasta hace quince años, en las revisiones actuales de las proyecciones para 16 de los países latinoamericanos se han introducido estimaciones de la migración internacional (CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 32).

Es posible distinguir tres grupos de países según la incidencia de la migración internacional:

- a) Países que no han tenido movimientos migratorios relativamente importantes en el período (Brasil, Ecuador, Perú).
- b) Países que mantuvieron movimientos migratorios de importancia a lo largo del período en estudio (Bolivia, Colombia, Cuba, Haití, México, Panamá, República Dominicana).

- c) Países que tuvieron cambios extraordinarios, cuantitativos o cualitativos, en los movimientos migratorios, relacionados con aspectos políticos, bélicos y económicos ocurridos en los 20 años considerados (Argentina, Costa Rica, Chile, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela).

En general, salvo las excepciones de Venezuela y Costa Rica, en el quinquenio 1975-1980, y de Argentina hasta la mitad de la década de 1970, que fueron receptores de migrantes, en la gran mayoría de los países el saldo neto migratorio es negativo, lo que hace que América Latina como un todo sea una región de expulsión de migrantes fundamentalmente hacia los Estados Unidos y otros países desarrollados.

Una característica persistente de la situación demográfica de los países de habla inglesa del Caribe es la alta incidencia de la emigración internacional. Aunque se observan ciertas variaciones entre estos países, los mismos se distinguen por una sostenida corriente emigratoria que se orienta particularmente hacia Angloamérica y Europa Occidental.

II.4 *El crecimiento de la población*

La población latinoamericana, como un todo, aumentaba en el quinquenio 1960-1965, alrededor de 6,3 millones de personas anuales, una tasa de 2,8 por ciento anual (CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 32). Este incremento, según las estimaciones actualmente disponibles en el CELADE, alcanza a 8,6 millones anuales en el quinquenio 1980-1985, lo que equivale a una tasa de crecimiento anual de 2,3 por ciento. La aparente contradicción entre el sentido de cambio de los números absolutos y relativos se explica a través de la noción de potencial de crecimiento, el cual se encuentra estrechamente asociado a la aún muy joven estructura por edad de la población:

“Si se dieran condiciones por las cuales la fecundidad y la mortalidad se combinaran de forma que produjesen una tasa de crecimiento nulo, esto es, una tasa intrínseca de crecimiento igual a cero, en algún año determinado, la población de América Latina seguiría creciendo debido a que tiene aún una estructura por edades muy joven. La magnitud a la que llegaría cuando la población dejara de crecer, esto es, cuando alcanzara el momento de la estabilización numérica, sería muy superior a la actual, y tanto mayor

cuanto más alejado fuera el momento en que se alcanzase la tasa de crecimiento intrínseca igual a cero.”

“Se ha elaborado un ejercicio para ilustrar este punto: una tasa intrínseca nula en 1980 haría que la población de América Latina, de 352 millones estimados para 1980, alcanzara a 631 millones. Si en cambio la tasa nula se supusiera en el año 2000, los 535 millones de habitantes proyectados para entonces crecerían hasta estabilizarse en 859 millones. Finalmente, si tal fenómeno ocurriera recién en 2025, la población estimada de 769 millones crecería hasta estabilizarse en 1 016 millones.” (CEPAL, 1983 a).

El crecimiento, ya sea medido en términos absolutos o relativos, no es más que el resultado de la combinación del comportamiento de los componentes del cambio de la población, esto es, de la fecundidad, la mortalidad y la migración internacional. Es fácil imaginar, por ejemplo, que una alta tasa de crecimiento de más de 3 por ciento anual puede provenir, y en general así es, de una elevada fecundidad combinada con una mortalidad moderada y, acaso, en descenso, siempre, claro está, que los flujos migratorios internacionales, no tengan magnitudes considerables, lo que sólo se ha observado en casos y períodos excepcionales. Por otra parte, puede ocurrir que una tasa moderada de crecimiento sea el resultado de la combinación de elevadas tasas de fecundidad y mortalidad incluyendo, en algunos casos, flujos emigratorios que contribuyen a menguar aún más dicha tasa de crecimiento.

Las tasas de crecimiento que se aluden en lo que sigue, corresponden, en general, a las relativas al crecimiento natural o vegetativo de la población. Ellas son la diferencia entre las tasas brutas de natalidad y de mortalidad. Estos dos indicadores están seriamente afectados por la distribución por edades de la población: así, por ejemplo, puede ocurrir que, a pesar de que un país haya experimentado un descenso importante de la fecundidad, la tasa de natalidad no haya tenido una disminución paralela debido al alto número de mujeres en edades reproductivas. La sensibilidad que las tasas brutas presentan con relación a los elementos de composición de la población hace aconsejable tener la mayor prudencia en su interpretación.

Es habitual que, atendiendo a las discrepancias que se presentan entre las tasas brutas de natalidad y mortalidad, los países se clasifiquen según las “etapas” en que se encuentran dentro del esquema de la llamada “transición demográfica” (Notestein, 1945). Aunque la

validez de los supuestos involucrados y la aplicabilidad de este enfoque a la evolución demográfica de América Latina puede cuestionarse con abundantes razones, parece conveniente recurrir al mismo como un medio para ilustrar las diferencias que se presentan dentro de la región en materia de crecimiento natural de la población. Por consiguiente, una forma de agrupamiento de los países es la siguiente:

- a) Países situados entre la primera y segunda etapas, con moderadas tasas de crecimiento y altas tasas de natalidad y mortalidad (Bolivia y Haití).
- b) Países que en el período de estudio, 1960-1985, transitan por la segunda etapa, con crecimientos muy altos y en aumento debido a una natalidad elevada casi invariante y a una mortalidad con ciertos descensos (El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua).
- c) Países que ingresan a la tercera etapa durante este período, con un muy alto crecimiento al comienzo y con descensos moderados debido al inicio de la disminución de la fecundidad (Ecuador, Paraguay y Perú). El caso de Paraguay podría considerarse más avanzado en esta transición ya que tiene en la actualidad una mortalidad menor que el resto de los países de este grupo.
- d) Países que están en la tercera etapa y que han tenido una evolución más rápida que el resto de América Latina, pasando de muy altas tasas de crecimiento a moderadas. En este grupo se incluye el mayor número de países, entre ellos los más populosos de la región (Brasil, Colombia, Costa Rica, México, Panamá, República Dominicana y Venezuela). Según la mortalidad y la fecundidad estimadas para Costa Rica, este país debería estar en una etapa más avanzada de la transición; sin embargo, debido a su potencial de crecimiento, aún mantiene una elevada tasa de natalidad (más de 30 por mil).
- e) Países que durante el período en estudio están entre la tercera y cuarta etapas (Cuba y Chile). Cuba tiene una tasa de crecimiento muy baja, pero aún positiva. Como quedó establecido cuando se comentó la fecundidad, este país presenta la fecundidad más reducida de la región y, de mantenerse esta situación, la próxima generación no llegaría a reemplazar a la actual, lo que en términos demográficos implica una tasa de crecimiento negativa, fenómeno que aún no ocurre a causa de la todavía relativamente joven estructura por edades.

- f) Países que durante todo el período se han mantenido en una fase avanzada de la transición, correspondiente, en cierta forma, a la cuarta etapa, con crecimientos bajos y sin grandes variaciones (Argentina y Uruguay).

La población de la región del Caribe de habla inglesa, en conjunto, creció en alrededor de 160 mil personas por año durante 1960-1965, incremento que llegó a unos 250 mil en el quinquenio 1980-1985. Las tasas de crecimiento subyacentes fueron del orden del tres por ciento al inicio del período y del 2 por ciento al final del mismo. Se ha observado una persistente variabilidad entre los países de esta región en cuanto al ritmo de crecimiento y a su evolución en el tiempo: mientras en 1960-1965 las tasas fluctuaban entre 2 y un poco más del 3 por ciento por año, en 1980-1985 la variación fluctuaba entre el 1,1 y el 2,9 por ciento por año.

II.5 *La composición por edades de la población*

Se ha señalado en la sección anterior que la combinación de la fecundidad, la mortalidad y la migración, da como resultado la magnitud de una población y su evolución en el tiempo, esto es, el crecimiento de la misma. Paralelamente, la acción conjunta de los componentes de la dinámica de la población determina también la estructura por edades. Una población será tanto más joven cuanto mayor sea su fecundidad e iniciará su envejecimiento especialmente en virtud de la reducción de su fecundidad. El análisis de los efectos que cada una de las variables tiene sobre la estructura de una población excede los propósitos de este trabajo. Se estima más apropiado esbozar un panorama de lo que ha sido, en el pasado reciente, desde el inicio de los años 60, la composición por edad en América Latina y cómo ésta ha evolucionado en los últimos veinte años.

Para facilitar el manejo de la composición por edades es habitual recurrir al agrupamiento en tres grandes segmentos vinculados aproximadamente a campos de la acción pública de la mayor importancia: educación, trabajo y seguridad social. Estos grupos son, respectivamente, los siguientes: población menor de 15 años; población entre 15 y 64 años; y, población de 65 años y más.

Antes de iniciar un examen de cada uno de los grupos en particular, parece conveniente reseñar los principales cambios globales experimentados en la región en su composición por estos grandes grupos de edades. Desde este punto de vista, América Latina, en con-

junto, mantiene una estructura por edad joven, insinuándose hacia el final del período un leve envejecimiento. La proporción de población menor de 15 años alcanzaba cerca del 43 por ciento en el quinquenio 1960-1965 y disminuyó 4 puntos, es decir, alcanzó cerca del 39 por ciento en 1980-85. En el otro extremo de edades, la proporción de población de 65 años y más llegaba en 1960-65 a algo más de un 3 por ciento y creció, durante los veinte años, hasta alcanzar un valor ligeramente superior al 4 por ciento.

En las secciones anteriores se destacó, como una característica distintiva de la región, la heterogeneidad existente entre los países en cuanto a la magnitud y tendencias de los componentes del cambio de la población. Esa heterogeneidad vuelve a repetirse, como cabía anticipar, en las estructuras por edades de la población. Sólo a título de ejemplo puede decirse que el amplio intervalo en que variaba la proporción de población menor de 15 años en el quinquenio 1960-1965 estaba limitado por 48 y 23 por ciento, valores correspondientes a Nicaragua y Uruguay, respectivamente. El intervalo se mantiene prácticamente inalterado hasta el quinquenio 1980-85; de hecho, los valores máximos y mínimos son 47 (Honduras) y 26 (Cuba), que representan ligeras disminuciones frente a los anteriores. En cuanto a la variabilidad de la población de 65 años y más, se presentaban porcentajes, en 1960-65, entre 2,2 y 8,3 por ciento correspondientes, otra vez, a Nicaragua y Uruguay, respectivamente. Hacia 1980-85 la situación cambia moderadamente: los porcentajes varían entre un 2,4 y un 10,5 por ciento, que corresponden a Honduras y Uruguay, respectivamente.

La estructura por edades de los países de habla inglesa de la región del Caribe era hacia 1960-65 también muy joven, como se deduce del hecho que los menores de 15 años superaban el 42 por ciento. En 1980-1985 quedan en evidencia cambios que, en algunos casos, son de importancia, pero hay que dejar claramente señalado que esta región, al igual que la latinoamericana, sigue manteniendo una población joven. Las proporciones de personas de 65 años y más, en cambio, son superiores a las observadas en los países de América Latina: en 1960-65 alcanzaban alrededor de 4,5 por ciento y en 1980-1985 superaban, en el conjunto, el 5 por ciento.

a) Población menor de 15 años

Es importante destacar que en la gran mayoría de los países, 16 entre 20, con más del 80 por ciento de los habitantes de la región latinoamericana, el 35 por ciento de la población tiene menos de 15

años, situación típicamente representativa de una estructura joven. Esta característica es esencial en lo que se refiere al potencial de crecimiento de la población y a sus consecuencias: la inercia de su crecimiento está asegurada para varios años. Por otra parte, la gran magnitud de población menor de 15 años plantea demandas que, como quedó señalado antes, se vinculan con el sistema de educación y con la provisión de servicios de salud. Hay que tener presente, por otra parte, que esta población determina, a corto y mediano plazo, la oferta de mano de obra. Es entonces de gran importancia, tanto para el sistema educativo como para la planificación de recursos humanos, tener presente que en la actualidad los menores de 15 años aumentan anualmente en 2,4 millones de personas en América Latina, lo que implica un ritmo de crecimiento de 1,6 por ciento por año. La situación ha tenido un cambio muy significativo en el período estudiado: hacia el quinquenio 1960-65 este grupo aumentaba en 3 millones de personas anuales, lo que significaba una tasa de crecimiento de algo más del 3 por ciento por año. Es por lo tanto un cambio enorme en términos de ritmo de crecimiento, cuya causa determinante es el descenso de la fecundidad.

Como ya se ha repetido en varios puntos de este documento, lo que sucede en la región como promedio no representa las condiciones particulares muy diversas que tienen los países. Algunos ejemplos permiten ilustrar la heterogeneidad de la evolución del grupo de menores de 15 años. En Bolivia se ha producido durante los veinte años, un aumento en la intensidad de crecimiento de este grupo: en 1960-65 la tasa de crecimiento era algo más del 2 por ciento por año; en la actualidad alcanza casi al 3 por ciento anual; este crecimiento es superior al de la población total y, de mantenerse tal situación, la población de Bolivia experimentaría, en el futuro cercano, un proceso de rejuvenecimiento. Tal aumento se deriva, en buena parte, de descensos en la mortalidad. Una disminución en la intensidad del crecimiento de la población joven se observa en todos los países donde se han producido reducciones de la fecundidad. Estos cambios serán tanto más importantes cuanto mayor y más rápida haya sido la declinación de la fecundidad. Así, en México y Costa Rica la tasa de crecimiento de este grupo se ha reducido a la mitad en los veinte años considerados; tan importante reducción no se refleja todavía, sin embargo, en un envejecimiento significativo de la población y ambos países siguen presentando estructuras jóvenes. Cabe destacar que en el caso de Costa Rica, debido al proceso de cambio más rápido y sostenido de la fecundidad, la proporción de población menor de 15 años ha disminuido de 47 por ciento, en 1960, a 37 por ciento, en 1985; en México, en cambio, el descenso sólo ha sido de 4 puntos.

b) *Población entre 15 y 64 años*

Durante el período analizado la población de este amplio grupo aumentó su importancia relativa, debido especialmente a la pérdida de algunos puntos en la proporción de menores de quince años a que se aludió anteriormente. En la actualidad, en la región, este grupo alcanza cerca del 58 por ciento de la población total. Por cierto, entre los países existe, como ya puede anticiparse, gran variabilidad. En 1960-65, la proporción variaba entre un 49 por ciento (República Dominicana) y un 64 por ciento (Uruguay). En la actualidad la amplitud de variación no ha cambiado en forma significativa: el máximo es nuevamente de 64 por ciento (Cuba) y, el mínimo, de 50 por ciento (Honduras).

La tasa de crecimiento del grupo, en la región en conjunto, se ha acentuado ligeramente. Es interesante destacar que en países donde ha habido una disminución importante de la fecundidad durante este período, por ejemplo en México y Costa Rica, la tasa de crecimiento de la población entre 15 y 64 años es prácticamente el doble de la del grupo de menores de 15 años. Esta situación representa una consecuencia lógica del efecto del descenso de la fecundidad.

Ya se ha dicho que este grupo comprende a la población potencialmente activa, particularmente en el caso de los hombres. En efecto, en la región, un 83 por ciento de la población masculina de este grupo participa en actividades económicas. La participación femenina, en cambio, es muchísimo menor: alcanza sólo a algo más del 25 por ciento. Durante el período en estudio, esta situación ha variado en algunos países y en algunos sectores de actividad, pero la brecha entre ambos sexos sigue siendo enorme. Considerando ambos sexos en conjunto, puede decirse que el porcentaje de población económicamente activa en el grupo de 15 a 64 años es alrededor de un 55 por ciento.

Parece pertinente agregar algunas informaciones sobre el crecimiento de la población económicamente activa (PEA), con edades desde los 15 hasta más de 65 años. Su tasa de crecimiento actual es algo superior a la del total de la población, en la región en conjunto (CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 32). Se ha estimado que en el quinquenio 1980-1985 hay un aumento anual de la PEA de unos 3,5 millones de personas, de las cuales 2,5 millones corresponden al sexo masculino. Dentro de este conjunto de 3,5 millones de personas se incluyen los desocupados y subempleados.

Por último, ¿qué puede esperarse de la evolución de la población económicamente activa en los próximos diez años? De acuerdo a la experiencia de algunos países que presentan un desarrollo económico y social relativamente más avanzado que otros dentro de la región, puede anticiparse que la proporción de activos en este grupo experimentará sólo ligeros aumentos, debido a que la mayor participación de mano de obra femenina se verá compensada por un menor grado de intervención de la población masculina, particularmente de los hombres de edades más jóvenes y más avanzadas.

c) *Población de 65 años y más*

Se ha señalado que la población de América Latina es joven por tener una alta proporción de personas menores de 15 años, pero lo es también por tener un bajo porcentaje de mayores de 65 años. Sin embargo, no debe desestimarse el crecimiento de este contingente de población: en la actualidad, 1980-85, el aumento anual de este grupo es de alrededor de medio millón de personas; se trata del segmento de edades que crece a mayor ritmo en el conjunto de los países. Esto constituye un antecedente de importancia para la programación de los sectores de seguridad social y de salud. Como es obvio, existe gran diversidad de situaciones en cuanto al peso relativo de este grupo y a su evolución en los veinte años examinados. El envejecimiento, mayor o menor, que se advierte en algunos casos, no es más que el resultado de la disminución, con distintas intensidades, de la fecundidad. Sin embargo, los países que han experimentado fuertes declinaciones de la fecundidad, como por ejemplo Costa Rica y México, aún no han llegado a una etapa de claro envejecimiento debido a que durante un período más o menos prolongado mantuvieron altas tasas de natalidad, lo que les ha configurado una estructura muy joven de población; en ambos casos las proporciones de población en edades superiores a los 65 años son menores que las de la región en su conjunto. Por otra parte, Argentina, Uruguay y, en menor medida, Cuba y Chile, presentan un proceso de envejecimiento más acentuado.

II.6 *Tendencias de la distribución espacial de la población*

Los cambios económicos, sociales, políticos y demográficos experimentados por América Latina durante los años sesenta y setenta han tenido profundo efecto sobre las pautas de distribución geográfica de la población. Tales cambios se han registrado de modo desigual entre los distintos países, acentuándose las disparidades entre los mismos. Estas últimas se derivan, en parte, de las magnitudes demo-

gráficas y territoriales, así como de los diferentes grados de desarrollo y de las diversas estructuras económicas y sociales.

Como fruto del incremento demográfico ocurrido entre 1960 y 1980, la densidad de población de América Latina pasó de 10,5 a 17,6 habitantes por km². Aun cuando este aumento es un indicador de la mayor intensidad en la ocupación de los territorios nacionales, alude a una situación media regional que oculta una fuerte variabilidad. Mientras los países sudamericanos continúan presentando densidades similares o menores que el promedio latinoamericano, los de la América Central y del Caribe muestran valores considerablemente más elevados, especialmente notorios en el caso de los países de la CARICOM, Haití y El Salvador. Otra manifestación de las desigualdades con que se ha producido el incremento de la densidad la proporcióna el hecho que mientras en 1960 sólo un tercio de la población regional residía en divisiones administrativas que tenían 50 y más personas por km², en 1980 lo hacía más de la mitad de los habitantes de América Latina. Por otra parte, los espacios "vacíos" de la región, con una densidad inferior a un habitante por km², se vieron reducidos, en igual período, desde un tercio de la superficie de América Latina a menos de la décima parte de la misma (CEPAL, 1983 b). De este modo, a la persistente tendencia concentradora de la población se ha añadido un importante avance hacia las zonas tradicionalmente despobladas, particularmente en el interior y el sur de América del Sur.

Resulta importante señalar que durante los años setenta se ha registrado, para la mayoría de los países, una atenuación de la tendencia concentradora de la población. La información disponible permite señalar que el ritmo de concentración estaría declinando en virtud del efecto combinado de dos factores, a saber: la disminución de las tasas de crecimiento demográfico y el surgimiento de opciones para el emplazamiento de población en zonas periféricas de los territorios nacionales. Si bien este fenómeno se aprecia especialmente en algunos de los países de mayor tamaño, también se le observa en otros de magnitud intermedia o menor, como el Paraguay y Honduras. Parece indudable que este proceso de ocupación de espacios vacíos, ligado estrechamente a la expansión de las fronteras de recursos y a la incorporación de tierras fiscales al mercado, ha jugado un papel de importancia en la activación de corrientes migratorias internas.

Uno de los rasgos distintivos de América Latina y el Caribe en el ámbito de las grandes regiones en desarrollo consiste en su grado relativamente alto de urbanización. Ya en 1960 la mitad de la pobla-

ción vivía en localidades definidas como urbanas; en 1980 lo hacían dos tercios y la mayoría de éstos habitaba en ciudades de cien mil y más habitantes. Estimaciones indirectas permiten señalar que aproximadamente el 30 por ciento del aumento de la población urbana en los años setenta se debió a la transferencia de población desde las áreas rurales. No obstante lo anterior, durante ese decenio se apreció una disminución del ritmo de crecimiento urbano, alcanzándose tasas inferiores a las advertidas en las dos décadas precedentes. A pesar de este descenso, la población urbana creció a un ritmo tres veces superior al de la rural, observándose declinaciones absolutas de la última en varios países. Esto es un reflejo de cierta incapacidad mostrada por las actividades agroextractivas para generar puestos de trabajo y retener población.

La trayectoria seguida por los países en materia de urbanización presenta importantes variaciones. Los que tenían el más alto grado de urbanización al comienzo de los años setenta (Argentina, Uruguay, Chile y Cuba) presentan las más bajas tasas de crecimiento urbano; por el contrario, los países menos urbanizados (Haití, Honduras, El Salvador, República Dominicana y el Ecuador) exhiben tasas comparativamente elevadas. En todo caso, a lo largo de los años setenta no se observan tasas nacionales de crecimiento de la población urbana que superen el 5 por ciento anual, fenómeno que era bastante común en los dos decenios precedentes.

Como consecuencia de la evolución experimentada, las diferencias entre los países en cuanto al grado de urbanización alcanzado han tendido a reducirse. En 1960, sólo cuatro de ellos tenían más del 60 por ciento de su población en áreas urbanas, en diez, el porcentaje urbano era menos de 40 y otros seis se situaban en una posición intermedia. Hacia 1980 son nueve los países con índices superiores al 60 por ciento y sólo cuatro se ubican por debajo del 40 por ciento. De este modo, países en los que el proceso de urbanización posee una más dilatada tradición (Argentina, Uruguay, Chile y Cuba) tienden a formar un solo grupo con otros en que la evolución ha sido más reciente (Venezuela, Colombia, México, Perú y Brasil). En tanto, algunos países centroamericanos (Panamá, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador), andinos (Bolivia y Ecuador) y caribeños (República Dominicana) configuran un estrato intermedio en el que entre 40 y 50 por ciento de la población es urbana. Por último, otros cuatro países (Honduras, Paraguay, Guatemala y Haití) presentan una persistente mayoría rural.

Las escalas crecientes de concentración de la población urbana han dado lugar a un fenómeno novedoso: el surgimiento de ciudades

de un tamaño muy grande, que superan el millón de habitantes. Al comenzar el siglo veinte ninguna ciudad latinoamericana alcanzaba ese tamaño, en 1950 ya existían seis y en 1980 llegaron a ser 26, concentrando el 45 por ciento de los habitantes urbanos de la región (unos cien millones de personas). Sin embargo, durante los años setenta se observa una cierta declinación del grado de primacía detentado por la mayor ciudad de los sistemas urbanos nacionales; en algunos países, la ciudad preeminente creció a una tasa menor que la población urbana nacional e incluso que la población total del país (Argentina y Cuba). Esta disminución relativa del predominio ejercido por la gran ciudad pudiera interpretarse como un indicio de inversión de la polarización urbana y de fortalecimiento de las ciudades de tamaño intermedio y menor, signo de una densificación de las redes urbanas a través de los territorios nacionales.

En suma, el proceso de redistribución espacial de la población latinoamericana, activado por diferencias en el comportamiento de la fecundidad y la mortalidad y por la movilidad geográfica, ha conducido durante los años sesenta y setenta a una ampliación del espacio ocupado y a una mantención del grado de concentración de la población. No obstante que ambos fenómenos parecieran apuntar hacia diferentes direcciones, su acontecer simultáneo involucra una yuxtaposición de los mismos: mucho de la expansión horizontal ligada a la ampliación de las fronteras internas de los países, tiene lugar conjuntamente con el surgimiento y desarrollo de núcleos urbanos. Por otra parte, importantes porciones de las zonas centrales de antiguo asentamiento de varios países están perdiendo población en términos relativos; la descomposición de las economías campesinas y la introducción de formas empresariales de organización de la producción agropecuaria, que tienden a sustituir fuerza de trabajo estable por mano de obra estacional y mecanización, se encuentran entre los factores explicativos de tal situación.

Los años setenta testimonian también el hecho que la población latinoamericana tiende a una forma de asentamiento de tipo urbano. Al urbanizarse la sociedad y la economía, los efectivos humanos se concentran en porciones reducidas de los espacios nacionales. Sin embargo, el ritmo de expansión de tal proceso, en su expresión demográfica, pareciera estar disminuyendo, como lo sugieren las tasas cada vez menores de crecimiento y la mayor dispersión de las mismas entre ciudades individuales y las medias nacionales. Se ha advertido, además, durante los años setenta, una cierta moderación del ritmo concentrador de la población urbana a la vez que un aumento en el número y la gravitación de las ciudades de talla menor e intermedia.

Por último, la gran ciudad o metrópoli, revela un cambio de fisonomía en virtud de la aparición de formas suburbanas que interactúan, de modo continuo, con los núcleos centrales que, a su vez, han ido perdiendo población en términos relativos y, en algunos casos, absolutos.

III. ESTILOS DE DESARROLLO Y DINAMICA DEMOGRAFICA

La noción de desarrollo aparece sistemáticamente relacionada con la dinámica demográfica, ya sea que se intente explicar el comportamiento de ésta, que se analicen sus efectos sobre aquel desarrollo o que se quieran fijar los parámetros de una política demográfica. El tratamiento de estas relaciones requiere superar ciertas generalidades en torno al desarrollo, sin lo cual la interacción de éste con la dinámica demográfica se hace poco inteligible, a veces insuficiente y otras, inadecuada. Esta superación de la generalidad abre dos líneas de reflexión: una, que apunta a elementos teóricos del desarrollo latinoamericano; y otra, que señala la necesidad de incorporar al análisis sociodemográfico elementos de la realidad que guardan una autonomía relativa respecto de la dinámica económica y que pueden tener una fuerte influencia en cambios demográficos. Como parte de esas especificaciones será necesario dar cuenta de la fuerte heterogeneidad que presenta ese desarrollo, una de cuyas características se desea retener desde un principio, su carácter periférico. Luego de estas precisiones se abrirá un nuevo punto para relacionar las diversas características del desarrollo con la dinámica demográfica, específicamente el crecimiento vegetativo y la distribución espacial de la población.

III.1 *Las particularidades del desarrollo latinoamericano: sus diversas dimensiones*

Las primeras interpretaciones del desarrollo económico latinoamericano confundieron lo que fue un proceso histórico concreto —aquél que se dio en los países centrales— con lo que parecía considerarse un modelo universal, que se repetiría con las mismas características en otros países de la periferia en cualquier momento de su evolución. Un segundo error consistió en suponer que el subdesarrollo, dependiente y periférico, estaba recorriendo aquel modelo universal, con algún retraso evidente, pero que, con el tiempo, los países de la periferia alcanzarían inevitablemente los logros de los centrales.

Economistas y sociólogos de la región mostraron, hace años ya, la falacia de ambas interpretaciones (Stavenhagen, 1966). Mucho más que dos procesos análogos con un desfase en el tiempo, el subdesarrollo periférico es parte sustancial del desarrollo central, por lo que ambos deben considerarse partes inseparables y dialécticamente relacionadas de un mismo proceso coetáneo de desarrollo económico. La crisis que viven actualmente los países de América Latina y la estrecha relación de la misma con la recesión que afecta a los países centrales, no hace más que mostrar la persistencia hasta la actualidad de esa integración dependiente entre el desarrollo de unos y el subdesarrollo de otros.

La caída de la falacia que suponía recorrer, con retraso, el mismo camino de los países desarrollados centrales, trae consecuencias muy importantes: una de ellas indica que no siempre es legítimo tomar los acontecimientos que acompañan al proceso de desarrollo económico de los países centrales como predictores de lo que ocurrirá en la periferia; otra, no menos importante, señala que algunos de los hechos sociales que acontecen en situaciones avanzadas de desarrollo, pueden encontrarse ya en países subdesarrollados periféricos, dada la fuerte interacción dialéctica entre ambos cursos de desarrollo.

Una segunda especificación necesaria para comprender mejor el proceso de desarrollo y sus relaciones con otros hechos sociales, se refiere al campo de fenómenos de la realidad social que quedan comprendidos bajo dicho concepto. Son frecuentes las afirmaciones generales que hablan de los aspectos económicos, sociales, culturales y políticos del desarrollo, sin especificar el contenido de cada una de esas dimensiones y, más grave aún, sin definir el tipo de relaciones que existen entre ellas. Subyace como un supuesto generalizado la existencia de una armonía sincrónica, lo que plantea obstáculos serios al avance del conocimiento en la medida que las investigaciones empíricas suelen tomar indicadores de cualquiera de esas dimensiones para medir el grado de desarrollo. Así, por ejemplo, se ha llegado a considerar a la tasa de mortalidad infantil como uno de los indicadores del desarrollo económico, cuando en realidad aquella puede comportarse con cierta independencia de éste, según lo ratifican evidencias empíricas reiteradas en el último tiempo. Como ocurre generalmente entre las disciplinas sociales, el mal uso de indicadores responde a una falta de claridad teórica respecto al contenido y complejidad de los conceptos que se manejan. Superando la noción de crecimiento económico, el concepto de desarrollo hace referencia a un conjunto de transformaciones estructurales. Pero esta declaración no basta por sí sola; se requiere, además, de la especificación de las

diversas dimensiones que la componen y la identificación de sus interrelaciones.

La primera de estas dimensiones, la económica, es la más frecuentemente asociada al concepto de desarrollo. Esta dimensión aprehende todos aquellos fenómenos que se relacionan fundamentalmente con la producción de los bienes, esto es, del cuánto, del qué y del cómo se producen los bienes en una sociedad nacional, para lo cual se ha usado y abusado de conceptos como los de "estructura productiva", "productividad", "sectores económicos", "acumulación", "mercado de trabajo", "desarrollo de las fuerzas productivas", "producto bruto interno, per cápita, por sectores", etc. Sin embargo, la existencia de los otros componentes de la realidad social (políticos, sociales y culturales) obliga a independizar relativamente el concepto de desarrollo de lo estrictamente económico. Toda sociedad nacional recorre históricamente un proceso de reproducción de sí misma, incluyendo la reproducción material productiva, la reproducción humana y la reproducción de su propia organización social y cultural, a través de cuyo devenir va sufriendo transformaciones en sus diferentes dimensiones. En otras palabras, es la sociedad nacional la que puede subdividirse analíticamente, para su mejor aprehensión, en dimensiones económicas, sociales, culturales y políticas; el proceso de desarrollo será la forma histórica que va adoptando dicha sociedad a través de sus diversas manifestaciones a lo largo de su proceso de reproducción y transformación.

La preocupación señalada aparece en el centro de los trabajos de la CEPAL que van a perfilar el nuevo concepto de "estilos de desarrollo" (Pinto, 1976). Las elaboraciones a partir de este nuevo concepto serán diferentes según el campo específico de la realidad que es estudiado por distintas disciplinas. En el campo económico se avanza a través de la preocupación por responder no sólo a "qué, cuánto y cómo se produce", sino también al "para quién" se produce. En el campo sociológico, el acento ha sido puesto en la política distributiva que sigue el Estado, más allá de sus características productivas. Con esto no sólo se alude a la distribución y al nivel de los ingresos de los diferentes grupos sociales, sino también al acceso al consumo, la educación, la salud, la vivienda, la seguridad social y otros beneficios sociales que se distribuyen desigualmente dentro de la sociedad. No basta con destacar y comprender la importancia de esta dimensión social, sino que también se requiere advertir la forma particular que manifiesta en los países de la región, donde los avances sociales guardan una relativa independencia de los logros puramente económicos.

El componente cultural, a su vez, es el que parece guardar una mayor autonomía relativa respecto de los aspectos económicos del desarrollo, especialmente cuando se observa que la experiencia de los países periféricos ha sido significativamente diferente a la registrada en los países centrales. Aquí, nuevamente, lo que se advierte en estos últimos países no sirve de modelo para interpretar la realidad latinoamericana, lo que se debe, paradójicamente, al hecho de tratarse de dos procesos simultáneos e interrelacionados dependientemente. Al igual que lo señalado respecto de la dimensión social, el desfase de lo cultural con lo económico-productivo puede tener dos manifestaciones: una, la tradicional, seguida en su momento por los países de más temprana industrialización, que recorre la secuencia: desarrollo productivo, desarrollo social y modernización cultural, para armonizarse entre ellos en valores positivos altos después de superar ciertos umbrales productivos; otra, diferente y observable con mayor frecuencia en los países de la región, que presentan pautas avanzadas de modernización cultural aún para desarrollos sociales ligeramente inferiores y, mucho más, para un grado de desarrollo productivo retrasado, si se tiene en cuenta el alcanzado por los países centrales cuando presentaban ese nivel de modernización cultural.

Esta autonomía relativa de lo cultural debe interpretarse cautelosamente, esto es, debe tenerse en cuenta para el análisis de la realidad social, pero no ha de olvidarse la similar importancia de lo "relativo" de esa autonomía. De hecho, dentro de cada sociedad nacional, las áreas urbanas, que concentran un más alto grado de desarrollo relativo de las fuerzas productivas, una mayor diversificación económica y un uso más intenso de capital y tecnología, son las que presentan pautas de conducta y valores culturales que se consideran más modernos por su proximidad a los vigentes en las sociedades centrales hegemónicas. Fiel a esta óptica, muy diferente será la situación en las áreas rurales, acorde con el menor desarrollo económico de las mismas.

También esa mayor autonomía relativa de la dimensión cultural, se asienta en el menor costo de la modernización en las costumbres y los comportamientos. Simplificando la argumentación, esta modernización sólo pareciera requerir de un sistema de comunicación de masas de fácil acceso a través del cual se difundirían las pautas de comportamiento en general, y de consumo en particular, de los grandes centros exportadores de mercancías elaboradas. La única barrera que parece levantarse, en los países dependientes, respecto de esas pautas culturales modernas provenientes del centro, es la existencia de formas de organización cultural férreas y cerradas, con una conciencia

natural muy lúcida, que no se deja permeare por esos incentivos desde el centro. Es lo que parece ocurrir con las culturas indígenas (al menos en las generaciones más adultas), y por ello se las observa marginadas de la cultura blanca dominante, así como se las margina de la incorporación productiva moderna y de los beneficios sociales redistribuidos fundamentalmente por el Estado.

Finalmente, corresponde una breve referencia a la dimensión política del proceso de desarrollo. En términos generales, esta dimensión se refiere a la estructura de dominación vigente, la que en última instancia va a imponer su ideología o concepción respecto de la organización de la sociedad nacional al conjunto de los dominados; esa ideología se reflejará en la estrategia de desarrollo, en las políticas sociales redistributivas y, en la medida que pueda aislar su sociedad nacional de las comunicaciones masivas desde el exterior, podría imponer su propia cultura. En un ámbito más concreto, esta dimensión podría identificarse con el papel del Estado como agente redistribuidor de beneficios sociales, buscando satisfacer ciertas reivindicaciones de grupos cuyo apoyo es importante para la legitimación del poder del sector dominante, aun a costa de distorsionar el modelo puro de las leyes económicas del capitalismo. En un nivel de abstracción aún menor, cabe pensar en programas específicos de parte de los organismos públicos destinados a satisfacer ciertas necesidades básicas de grupos marginales al sistema, si ello no significa un costo económico importante, particularmente en comparación con los beneficios políticos que se derivarían de las mismas.

III.2 *Efectos del desarrollo sobre el crecimiento y la distribución de la población*

Los avances y transformaciones de la sociedad nacional afectan el comportamiento de las pautas reproductivas y de la mortalidad, así como los desplazamientos de población dentro y fuera del territorio nacional. Para una mejor comprensión de esas relaciones debe analizarse en forma separada la influencia de los componentes del desarrollo sobre el crecimiento y sobre la distribución de la población, dado que la relativa independencia de las dimensiones extraeconómicas sobre la fecundidad y la mortalidad se hace casi inexistente en relación con la migración y la distribución espacial de la población.

Cualquiera sea la unidad de análisis, se tomen países o familias, siempre se encontrará que son las sociedades nacionales más homogé-

neamente desarrolladas y las familias que se han insertado mejor en ese proceso de desarrollo, las que tienen un menor crecimiento demográfico o aportan un menor número de hijos a la sociedad. Esta evidencia empírica —que ha estado en la base de algunas generalizaciones que expresan la relación: a mayor desarrollo, menor fecundidad y menor mortalidad— tiene el inconveniente de tomar el desarrollo de la sociedad como un todo, sin atender a las disparidades reales en los cambios de algunas dimensiones particulares de ese proceso global. Cuando el desarrollo se da en lo económico, lo social, lo cultural y lo político, no hay dudas que la fecundidad y la mortalidad serán bajas (siendo bajo el crecimiento total de la población pese a los efectos diferentes de ambas variables en dicho crecimiento), observándose lo mismo en las familias que han logrado compartir los logros de la sociedad nacional en cada una de esas dimensiones. Sin embargo, ocurre con frecuencia, y ésta es la situación no contemplada en aquella afirmación general, que los cambios y avances en las diversas dimensiones son asincrónicos, así como es heterogénea la situación en distintas regiones dentro de la sociedad nacional.

Si se quiere partir de una afirmación también general, pero de mayor validez que la anterior, puede decirse que cuando se está frente a un desarrollo homogéneo tanto la fecundidad como la mortalidad presentarán valores reducidos y, como consecuencia de esta afirmación general, cuando algunas zonas del país no son alcanzadas, o quedan marginadas, por ese proceso de desarrollo global, sus tasas de mortalidad y fecundidad serán relativamente más altas. Esta diferenciación espacial se repite en relación con los grupos sociales, encontrándose que aquellos grupos que no son incorporados plenamente, o quedan marginados de los beneficios del desarrollo, tendrán una fecundidad o una mortalidad relativamente más altas. Pero esta afirmación general, siendo más válida que la anterior, todavía necesita aclarar qué pasa en las diversas situaciones posibles de asincronía en los desarrollos de la sociedad.

La dimensión económica, tomada generalmente como sinónimo de desarrollo, puede ir acompañada o no de avances en lo social y en lo cultural; en todo caso, lo más previsible es una asincronía entre ellas. Además, esa asincronía puede manifestarse en un adelanto o un retraso relativo de lo económico respecto de las dimensiones social y cultural. Siguiendo el modelo de los países centrales se esperaba que el avance productivo precediera siempre a los otros, por lo que el componente económico del desarrollo aparecía como una condición necesaria, aunque no suficiente, de los descensos en la fecundidad y en la mortalidad. Necesaria dada su precedencia, pero no suficiente

porque, de no haberse difundido los efectos sociales de ese avance productivo y no habiéndose traducido en modificaciones de sus pautas culturales tradicionales, no produciría cambios en las mencionadas variables demográficas. Sin embargo, dadas las particularidades del desarrollo latinoamericano, las pautas culturales de los países avanzados se transmiten con fluidez a través de eficientes medios de comunicación de masas y son fácilmente asimilados por la población de las sociedades dependientes, por lo que puede encontrarse una sociedad con pautas modernas de conducta y aspiraciones relativamente más avanzadas que sus logros productivos, si se tiene como modelo comparativo lo ocurrido en el centro. Del mismo modo, el avance de la "civilización", que se va consagrando en el reconocimiento creciente de derechos humanos básicos, hace que el Estado se preocupe de ciertos beneficios sociales, muchas veces como compensación frente a las insuficientes condiciones generales por el mercado de trabajo, el que responde a la productividad insuficiente y a la incapacidad de incorporar el conjunto de la población activa al aparato productivo eficiente. Los logros educacionales y de salud, por ejemplo, suelen aventajar a lo que era previsible, dado el grado de desarrollo económico alcanzado, si nuevamente se utiliza como modelo lo sucedido en los países centrales.

Por supuesto, los beneficios sociales y la satisfacción mínima de las expectativas creadas por los medios de comunicación de masas no podrán realizarse sin algún grado de avance productivo, difícil de cuantificar a priori. Esto quiere decir que la independencia relativa de lo social y de lo cultural respecto de lo económico, hecha posible por la intervención política del Estado, para producir efectos sobre lo demográfico, no significa ausencia de desarrollo económico, sino más bien la caída de los supuestos "umbrales" productivos a partir de los cuales operarían aquellos fenómenos redistributivos y los cambios demográficos. Y esto no significa necesariamente una corrida en los valores de los "umbrales" económicos, sino más bien una indeterminación de aquellos cambios a partir de la sola información económica como consecuencia de diversas posibilidades de adelanto o retardo de lo social y cultural respecto de lo económico.

Los desfases entre los diversos componentes de un proceso de desarrollo en los países periféricos pueden además presentar combinaciones de relaciones diferentes en diversas regiones y estratos de la sociedad nacional. Todo lo anterior apunta a entregar pautas para la comprensión (que no debe confundirse en absoluto con la explicación causal), de los niveles y tendencias demográficas observados en los países de la región, los cuales se apartan a veces de lo esperado

dada la situación económica de los mismos, ya sea respecto del nivel alcanzado o de la tendencia seguida en el último período intercensal. En lo relativo a la mortalidad, las políticas específicas de salud seguidas por gobiernos de diferentes concepciones ideológicas, y con independencia relativa del dinamismo económico de sus países, permiten influir sobre la esperanza de vida con un costo relativamente bajo, siempre que se cuente con un aparato de Estado eficiente.

En lo que respecta a la fecundidad, la difusión de pautas modernas de cultura va a influir sobre un papel diferente de la mujer en la familia y en la sociedad, así como va a incrementar las aspiraciones de consumo que se ven obstaculizadas por un número grande de hijos; todo esto hace parte de la conformación de un ideal de familia pequeña, que es promovido a través de los programas de planificación familiar. Los cambios culturales modernizantes y la intencionalidad política del Estado, accionando a través de la planificación familiar, pueden acelerar los descensos de la fecundidad más allá de lo esperado dado el logro económico alcanzado, comparando con el modelo de los países centrales; y, particularmente, pueden notarse descensos acelerados en un período determinado sin que los cambios económicos sean de la magnitud que aquellos pudieran hacer pensar.

En cuanto al comportamiento de las corrientes migratorias y la distribución espacial de la población, la dimensión económica del desarrollo parece difícil de oscurecerse por logros o modificaciones sociales o culturales. El tipo de desarrollo espacialmente concentrado de los países periféricos, ligado a su vinculación dependiente con los países centrales ha llevado, desde tiempos lejanos, a una acentuada concentración de la población en la gran mayoría de los países de la región. Las posibilidades ocupacionales que ofrecen algunas grandes ciudades, con sus actividades altamente diversificadas, sus más altos niveles relativos de productividad con sus secuelas de mejores salarios relativos y aún las posibilidades de obtener ingresos en actividades informales de las más diversas especies, muchas veces a partir de ocupaciones autocreadas, hacen difícil pensar en formas diferentes de distribución espacial de la población que las encontradas históricamente.

Con todo, también en relación con este aspecto demográfico puede observarse la influencia convergente de otros componentes del desarrollo que no eclipsan la importancia de la distribución espacial productiva. Es posible encontrar algunos casos en que los factores atractivos de las grandes ciudades superen el elemento estrictamente económico, si se tienen en cuenta las facilidades educacionales, re-

creativas y de salud. No debe olvidarse tampoco que muchas de las grandes ciudades concentradoras de población se formaron en los países de la región antes de concretarse el proceso diversificado de desarrollo económico, así como también el hecho real de que algunas zonas suelen ofrecer posibilidades económicas que no siempre logran atraer el número y la calidad de población que requieren. El caso de las zonas rurales donde se han puesto en práctica programas de desarrollo rural integrado que, finalmente no retienen población en la magnitud programada, constituye otro ejemplo de la insuficiencia relativa del aspecto económico para la comprensión total del fenómeno migratorio.

IV. LA SITUACION DEMOGRAFICA ALREDEDOR DEL AÑO 2000. ELEMENTOS PARA ESCENARIOS PREVISIBLES

IV.1 *Conocimiento e incertidumbre en las tendencias demográficas*

Existe una tendencia generalizada a considerar los aspectos demográficos de una sociedad como puntos fijos, o jalones en el tiempo, cuando en realidad ésta es una abstracción que con frecuencia contribuye a olvidar lo que es esencial en toda evolución demográfica: su carácter dinámico.

Claro está que parte de este sesgo es imputable a la conveniencia de trabajar con "situaciones" demográficas y el hecho mismo que una de las principales fuentes de información provee, para la mayoría de los temas que se investigan, datos referidos a una fecha particular. Por eso, conviene empezar recordando que una buena parte de la realidad demográfica que presentarán los países en los comienzos del nuevo siglo ya está determinada. Salvo que medien circunstancias excepcionales, en las proyecciones demográficas que hoy se manejan hay segmentos de la población cuya magnitud y algunas de sus características, como el sexo y la edad, se conocen desde ya.

Ningún planificador educativo, o de los recursos humanos, podrá sorprenderse en el año 2000 de las demandas que deberá satisfacer. Ya están determinadas. Otro tanto ocurre, por ejemplo, con los efectos de las ganancias en la esperanza de vida o una postergación de la edad de retiro sobre el financiamiento de los sistemas de seguridad social. Igual cosa vale con referencia a las transformaciones cua-

litativas que se imponen en los servicios de asistencia médica destinados a responder a las modificaciones en la estructura de la morbilidad y la mortalidad por causas.

En cambio es incierto, aunque entre extremos previsibles, lo que ocurrirá con respecto al comportamiento reproductivo, la constitución y disolución de las familias, los cambios de residencia de las personas dentro de las fronteras nacionales y entre los países. Incierto también, pero quizás menos, es el curso que seguirán los patrones de sobrevivencia, tanto de los que ya han nacido y esperan celebrar el año nuevo del 2000, como de los que nacerán entre hoy y esa fecha casi mágica con su cambio de siglo y de milenio. Quince años en demografía es poco tiempo, pero mirando retrospectivamente, las dos últimas décadas dan testimonio de profundas transformaciones en la distribución espacial; en la nupcialidad y en la fecundidad. No puede, por cierto, decirse lo mismo con respecto a la evolución de la mortalidad que rige para la mayoría de las poblaciones de América Latina, pese a los notables avances que acreditan las ciencias biológicas y médicas.

A pesar de la tantas veces reconocida íntima relación entre la dinámica demográfica y el desarrollo económico y la también repetida y reiterada declaración de que las políticas demográficas deben insertarse o formar parte indisoluble de estrategias de desarrollo, lo cierto es que la experiencia de los años recientes muestra no sólo que puede no ser así, sino que para la gran mayoría de los países de América Latina sencillamente no ha sido así. Las variables demográficas han constituido el centro de acciones específicas por parte de los gobiernos con independencia o con desconexión de la existencia o no de los planes de desarrollo.

Éxitos alcanzados en algunos campos de la salud, uno de cuyos ejemplos más conspicuos es la reducción de la mortalidad infantil aun bajo condiciones económico-políticas de estancamiento o marcada recesión, ponen en evidencia que el manejo de variables demográficas puede hacerse, dentro de ciertos límites, con independencia de la aplicación efectiva de planes y estrategias de desarrollo. Aunque los ejemplos no son muchos, podrían conducir a abrir una interrogante o poner en tela de juicio la necesaria asociación que nadie ha negado, pero cuya traducción operativa es todavía muy modesta, entre la dinámica demográfica y el desarrollo económico.

IV. 2 *Cambios demográficos y esquemas políticos*

Un ejercicio tentador es tratar de insertar la situación demográfica de América Latina de hoy dentro de dos o tres esquemas económico-políticos que se aceptan como predominantes en la región. Así, puede hablarse de una modalidad de economía liberal donde el Estado proclama un papel subsidiario con respecto a algunas esferas de acción, donde a la iniciativa privada se le confiere una función de primer orden como factor de progreso y desarrollo de esa sociedad. Como consecuencia de esta concepción, sectores tradicionalmente en manos del Estado han sido total o parcialmente transferidos al sector privado, como ocurre con ciertos servicios de salud, seguridad social, educación y comunicación. La pregunta natural es qué efectos tiene una tal opción política sobre las tendencias demográficas. En algunos casos resulta difícil identificar la posible asociación, en otros no lo es tanto. Así, por ejemplo, en materia de desplazamientos territoriales, un Estado regido por tal concepción facilita y, podría decirse, estimula los movimientos migratorios como consecuencia necesaria de los flujos de oferta y demanda de mano de obra y oportunidades del mercado, porque cobra fuerza el supuesto del ajuste más o menos automático de los factores productivos.

Otro hecho que debe destacarse es que, aun cuando se exhiben progresos considerables en el descenso de la mortalidad, al proclamar su papel subsidiario en algunos sectores (como es el caso de la salud), y al no tener en sus programas como meta principal una distribución equitativa del bienestar, las diferencias en términos de esperanza de vida que caracterizan a los países de América Latina, no sólo se mantienen sino que aun pueden acentuarse. Dicho en términos estadísticos, los promedios nacionales de algunos indicadores suelen mostrar importantes ganancias, pero las variancias que cada uno de ellos esconde no sólo no se reducen sino que en ciertos casos aumentan.

Aunque Malthus tal vez no se lo propuso, su síntesis sobre esta forma de organización social sigue vigente: "Una vez establecidas estas dos leyes fundamentales de la sociedad, la seguridad de la propiedad y la institución del matrimonio, la desigualdad de condiciones viene por necesidad. Los que nacieron después del reparto de las propiedades se encontraron con un mundo ya ocupado" (Malthus, 1798).

Un segundo escenario fácilmente identificable es aquél que se asocia con una economía planificada y centralizada, con una fuerte intervención del Estado en numerosos campos de la actividad huma-

na donde, además, los medios de producción han pasado de manos privadas a la colectividad.

Aquí, siendo un objetivo principal de la gestión la redistribución del bienestar y la búsqueda de la igualdad en cuanto a beneficios sociales, la atención se centra en el mejoramiento de promedios nacionales cuidando de reducir las diferencias entre los distintos grupos o segmentos de la población. Buenos ejemplos son las ganancias en la esperanza de vida y en el descenso de la mortalidad infantil pero, sobre todo, la reducción de las diferencias entre áreas geográficas y grupos humanos.

Por otro lado, una serie de factores convergentes, como son la liberalización del divorcio, de las prácticas anticonceptivas y el acceso a ellas a través de los servicios de salud, los estímulos al mejoramiento de la instrucción y la capacitación de las mujeres y su incorporación generalizada al proceso productivo formal, conducen casi de manera inevitable a una reducción sostenida y a veces muy marcada de la fecundidad. Tanto, que en más de un país existe hoy preocupación pública por una reproducción neta que no asegura el reemplazo de las cohortes femeninas.

La planificación de la economía, de los recursos físicos, de la localización industrial y de los servicios conducen a su vez, a la adopción de políticas de redistribución espacial de la población, aunque por lo que se sabe, los éxitos a mediano plazo son relativos. No obstante, diversos mecanismos administrativos tienen la fuerza suficiente como para desalentar los flujos migratorios internos y externos.

Un tercer esquema, dentro del cual cabe la mayor parte de la población de América Latina, es el que responde a una concepción político-económica liberal con una participación activa del Estado, el que interviene directa o indirectamente en algunos sectores de la economía y subsidia, no importa ahora a través de qué mecanismos —con propósitos redistributivos— diversos tipos de servicios básicos para la población. Con altas y bajas y diversidad de matices —cuando menos uno por país, podría decirse— es en estos días el escenario dominante fortalecido con nuevas energías. Lo que hasta hace unos años había sido una situación dada y casi “natural” se ha convertido en no pocos casos en una meta arduamente buscada.

Otras dos características residen en el funcionamiento y participación regular de partidos y agrupaciones políticas con pluralidad

ideológica, así como de mecanismos a través de los cuales quienes dirigen responden por su gestión administrativa.

A este régimen pueden atribuírsele, sin mucho riesgo de error, los progresos alcanzados en el descenso de la mortalidad en las últimas décadas, los grados de instrucción en ciertos sectores relativamente satisfactorios, la cobertura más o menos extendida de los servicios de salud y de la seguridad social, ciertos estímulos a la movilidad social ascendente, pero también hay que debitarle las marcadas diferencias entre sectores urbanos y rurales, y aun dentro de la población urbana, entre los que se consideran marginales, cuyas expresiones numéricas a través de medidas demográficas confieren a la región un sello característico y no muy honroso de desigualdades, no sólo entre los países sino principalmente dentro de cada uno de ellos.

Pero, esta esquematización en tres grandes escenarios —además de abarcar porciones muy diferentes del contingente demográfico de la región— resulta poco práctica para sacar a la luz diferencias más refinadas pasando de medidas o indicadores globales a otros con mayor sensibilidad. A menos que se haga un análisis más desagregado del comportamiento de la mortalidad, de la formación y funcionamiento demográfico de la familia, de los determinantes de la migración, por ejemplo, y se estudien otros factores que convergen sobre estos procesos, resultará casi estéril la búsqueda de relaciones causales entre los extremos considerados. Y ello es debido no sólo a la carencia de información, sino porque las teorías no tienen respuestas. Además, ni la demografía ni la sociología le han prestado la atención que merecen.

El cuadro se complica aún más al comprobar que en fechas recientes países con regímenes muy disímiles han alcanzado éxitos importantes en cuanto a la reducción de la mortalidad infantil, a tal punto que, agrupándolos en función de la tasa correspondiente, quedarían bajo una misma categoría. Una conclusión posible es que el conocimiento socio-demográfico que se maneja carece de la sutileza suficiente como para poner en evidencia las consecuencias que un determinado régimen tiene sobre la dinámica demográfica en el mediano plazo. Sin tener pruebas concluyentes podría decirse, en cambio, que en materia de redistribución espacial de la población, de concentración urbana, de modificaciones en el sistema de valores en cuanto a la constitución y tamaño de las familias, parece ser que esa asociación buscada tiene una expresión más inmediata.

Proyectar estos esquemas hacia los próximos quince o veinte años y esbozar siquiera el futuro o dimensión de cada uno de ellos

no resulta ser el camino más apropiado. A las restricciones señaladas antes, hay que agregar la arbitrariedad que supone asignar una ponderación al ingrediente demográfico dentro del funcionamiento del sistema económico y social.

IV. 3 *Algo más que las tendencias demográficas*

Entonces, otra forma de imaginar los escenarios es a través de la extrapolación del curso de algunos signos sobresalientes de las variables que determinan la dinámica demográfica. Pero hay que tener siempre presente que se trata de un proceso con existencia real, que sólo cobra sentido en un tiempo y en un espacio dados, pasa —en el sentido de transitar— por marcos o situaciones políticas concretas. La gracia está en identificar qué cuota del cambio demográfico es imputable a esa situación particular; pero, peor aún, los regímenes cambian de uno a otro y también dentro de sí, aunque conservan sus mismos rótulos. Por eso la duración de un cierto régimen y la pureza de su perfil son elementos que deben tomarse en cuenta para elucidar la herencia que, traducida en características demográficas, ellos dejan en el seno de una determinada comunidad.

Comenzando por la fecundidad no es difícil pronosticar que su proceso de reducción observado desde hace algunos años en varios países se extenderá a casi todos ellos; se trata de una experiencia convergente. Lo importante es imaginar el modo que habrá de tomar esa reducción en los años futuros y su plazo. Y habrá de ser así por varias razones:

- Los datos de la Encuesta Mundial de Fecundidad señalan que más de la cuarta parte de los hijos tenidos por las mujeres encuestadas fueron no deseados (EMF).
- Las autoridades de varios países han declarado estar insatisfechas con lo que se consideran elevadas tasas de crecimiento, y se proponen reducirlas (CELADE, 1984 a).
- Los centros de irradiación del poder internacional abogan, a través de distintas vías, por acciones cada vez más eficaces sobre el control de la natalidad, y una parte importante de la investigación científica se concentra en el desarrollo de técnicas más contundentes y baratas, aplicables tanto a las mujeres como a los hombres.

- Se asiste a una marcada promoción destinada a un cambio en la escala de valores con respecto a la familia y a los hijos.

En los últimos veinte años, una buena porción de la reducción de la fecundidad experimentada en América Latina puede atribuirse al funcionamiento de los programas de planificación familiar voluntaria cuya consecuencia inmediata es la reducción del número de hijos tenidos por las mujeres. A este objetivo han contribuido también el aumento de la edad media al casarse, la postergación del nacimiento del primer hijo y la extensión de los intervalos intergenésicos.

Pero, en años recientes, la esterilización femenina, y en mucho menor grado la masculina, han ganado terreno, lo que implica una modificación cualitativa con respecto a los patrones de fecundidad hasta ahora imperantes. En efecto, siendo esta técnica por el momento irreversible, significa que un contingente creciente de mujeres en edad de procrear se sustraen del proceso reproductivo. Cuán rápido y en qué medida se difundirá este mecanismo de control depende de muchos factores difíciles de predecir pero, sin duda, el escenario político que se elija jugará un papel importante en esas dimensiones.

Aunque la información sobre esterilizaciones llevadas a cabo en América Latina es muy precaria y parcial, los datos disponibles permiten concluir que esta práctica anticonceptiva ha ganado terreno muy rápidamente y no hay indicios para suponer que esa tendencia pudiera interrumpirse. Casi es innecesario señalar que sus consecuencias finales dependen del punto, en la historia reproductiva de las mujeres, en que la esterilización tiene lugar. Sumando información de los países para los que existen datos, se puede concluir que en torno a 1980 alrededor de un 5 por ciento de las mujeres en edad fértil habían sido esterilizadas (CELADE, 1984 b). Por el momento, el grado de difusión de esta técnica es muy dispar; en algunos países prácticamente no se aplica o su impacto está restringido a la clientela de unos pocos médicos; en el otro extremo, hay países donde este procedimiento se ha hecho popular y es promovido, tanto que en esos casos se ha llegado a registrar entre un 25 y un 30 por ciento de esterilizadas entre las mujeres casadas y unidas.

Entre los cambios posibles tampoco hay que descartar el que resultaría de la adopción coercitiva de una división de la responsabilidad reproductiva en el seno de la sociedad. Los resultados numéricos de la planificación familiar —poco satisfactorios para varios de sus más notables sostenedores— frente a sus costos, han reavivado los argumentos a su favor. Por otra parte, no debiera sorprender, porque en

cierta forma viene a ser la consagración formal y explícita de lo que ocurre con la esterilización inducida.

Con respecto a la mortalidad hay dos facetas que destacar. Todo indica que continuarán las ganancias en la esperanza de vida como consecuencia de avances en la lucha contra las enfermedades degenerativas y cardiovasculares; es altamente probable que algunos países se aproximen a los límites biológicos de la vida humana cuya frontera se ha vuelto a correr varios años. Pero, paradójicamente, al mismo tiempo el terreno que resta para ganar a la mortalidad infantil en las regiones subdesarrolladas es enorme; si los países miembros de la CEPAL tuvieran hoy como promedio una tasa de mortalidad infantil no superior al 30 por mil —cifra modesta— las muertes de niños menores de 1 año que se evitarían sólo durante 1985 en el conjunto de la región ascenderían a unas 360 000, casi mil cada día.

Otra faceta, de la mayor importancia y con repercusiones políticas más profundas, tiene que ver con la reducción de las diferencias que se dan en la actualidad en términos de esperanza de vida entre distintos sectores de la población dentro de un mismo país. Para reducirlas no se requiere de nuevos avances en la ciencia médica; basta con establecer un programa político que conceda prioridad a la redistribución y reasignación de recursos del sector salud, que siendo razonablemente avanzados están hoy muy concentrados, o cuyo acceso se rige por las reglas del mercado. Es sin duda en este campo donde el escenario que se imagine para el año 2000 tendrá un peso decisivo.

Las tendencias recientes indican que se experimenta una disminución del ritmo de la concentración en las grandes urbes. A cambio, ha habido una reorientación de determinadas corrientes hacia núcleos intermedios. Lo cierto es que, de no mediar una transformación radical en el aparato productivo y en la organización misma de la sociedad, el proceso de concentración urbana habrá de seguir su curso histórico.

Distinta es, por cierto, la orientación que siguen las corrientes migratorias internacionales sobre todo derivada de lo que podría calificarse como el “cierre de las fronteras nacionales”, que hace cada vez más difícil el desplazamiento de contingentes significativos hacia los que han sido centros tradicionales de atracción. La migración masiva hacia América Latina parece también un ciclo cerrado, no tanto porque falte interés de parte de los gobiernos potencialmente receptores, sino por las implicancias financieras que una tal corriente lleva consigo.

Son bien conocidas las consecuencias demográficas de la reducción sostenida de la fecundidad y de la prolongación de la vida humana; las proyecciones ya disponibles presentan lo que podrá esperarse para los próximos años. Sin embargo, parece ser que los planificadores no prestan todavía la atención que merece este proceso con relación a sus repercusiones sobre el financiamiento de los sistemas de seguridad social, las demandas por distintos tipos de servicios educativos, las modificaciones cualitativas en los servicios de salud y el uso de energía, entre otros casos.

Es muy poco también lo que puede decirse con respecto a la nupcialidad, falencia notable de la demografía, porque siendo este mecanismo el que da origen a la familia, unidad sociológica natural donde se gestan la mayor parte de los fenómenos demográficos, apenas si es estudiada.

Ahora bien, los estudios demográficos de los últimos 30 años y las proyecciones para los próximos 20 ó 25 descansan en lo que se ha dado en llamar el modelo de la transición demográfica. Es bien sabido que este modelo conduce a situaciones estables o en su límite, estacionarias, las que según algunas conjeturas podrían alcanzarse, para una buena parte de la humanidad, dentro de unos 50 ó 70 años. ¿Qué sigue después? Suponer que la humanidad entrará en un estado de equilibrio permanente sería no sólo un error sino también negar el carácter esencialmente dinámico de la reproducción y la muerte. A esa etapa de transición demográfica cuyo fin parece acercarse, seguirán otras fases de transición o modificación sobre las cuales ya existen algunos indicios. Se anticipa, por ejemplo, una mayor longevidad y por ende nuevos aumentos en la población, lo que implica necesariamente el manejo de una tecnología que aún hoy está concentrada en muy pocas manos. Volviendo al comienzo, podría suceder que de no operar cambios sustanciales en los sistemas de reparto del bienestar, esos avances contribuirán una vez más a acentuar las brechas que hoy existen y cuyas expresiones demográficas son tan concluyentes.

Pero en todo el razonamiento precedente se ha dado por cierto que determinadas coordenadas de la organización social y del hombre frente a la naturaleza habrán de permanecer inalteradas. Se piensa que esto es erróneo. Las formas que el hombre ha utilizado para establecer su relación con ella y apropiarse de los bienes que asegura su subsistencia, su bienestar y su desarrollo tocan a su fin. Con independencia del sistema sociopolítico que hoy es dable reconocer en cualquier parte, la tecnología productiva, la organización empresarial, los patrones de consumo y el concepto mismo del desarrollo de

la humanidad han puesto a la naturaleza toda —el sistema ecológico— en incapacidad de reaccionar y recuperarse frente a las apropiaciones abusivas que el hombre hace. De esta toma de conciencia tímida es que surgen las preocupaciones con respecto a la necesidad de establecer un punto de equilibrio, congelar las cuotas del reparto tal como se presenta hoy, equilibrio que alcanzaría también al crecimiento demográfico. La impresionante serie de ejercicios académicos de hace unos años, inspirados en esta preocupación, se quedaron en el camino, entre otras razones, porque la polarización de fuerzas ha sido muy rápida. Pero, es apenas el comienzo de una transformación que está más cercana de lo que se presume.

Bajo esta óptica, la cooperación internacional y muy en particular los organismos regionales deberán interrogarse sobre la contribución que se espera de ellos y el modo de comprometerse con las transformaciones necesarias. ¿Son agentes dinamizadores del cambio y la transformación o custodios del statu quo? Más de un programa tendrá que reorientarse sobre principios nuevos, dejando atrás otros que por el uso o la inercia han adquirido la categoría de entelequias. Los individuos —funcionarios— comprometidos con la cooperación técnica se verán casi inevitablemente enfrentados a la revisión de algunas posturas y conductas a menos, claro está, que el papel de vanguardia que se supone juegan pase en forma definitiva a otros actores.

V. DE LA DECLARACION A LA PRACTICA EN LA RELACION ENTRE PLANIFICACION Y POBLACION

V. 1 *El contenido demográfico en los actuales planes de desarrollo*

Probablemente el aspecto más visible y difundido de los planes de desarrollo sea su expresión como “plan-libro” que, si bien contiene las líneas maestras de un proyecto de racionalización de las decisiones, suele omitir elementos fundamentales de las actividades que le sirvieron de fundamento. De este modo, el “plan-libro” debe ser interpretado como un producto final del proceso de planificación del desarrollo económico y social en el que se sacrifica la precisión científico-técnica en beneficio de una síntesis destinada a la divulgación.

Muchas de las observaciones que a continuación se realizan acerca del contenido demográfico de los planes de desarrollo se circunscriben a lo que puede percibirse en el producto final al que se ha aludido. Para algunos países se ha dispuesto, además, de la experiencia acumulada en el CELADE en materia de asesoramiento técnico a oficinas nacionales de planificación.

La gran mayoría de los planes de desarrollo elaborados en la región contienen alguna información demográfica a la que se hace referencia en los diagnósticos generales y de sectores específicos, particularmente los vinculados a la prestación de servicios sociales. Entre los planes formulados hacia fines de la década de 1970 se ha podido apreciar que, en algunos casos, existe una cierta tendencia a tratar a la población en un capítulo separado —y a veces introductorio— en el que se resumen las tendencias demográficas y se presenta una proyección de población.

Habitualmente, la información demográfica contenida en los planes consiste en datos sobre tamaño y ritmo de crecimiento de la población, estructura por edad y distribución entre áreas urbanas y rurales. Es normal poner énfasis en la evolución de los efectivos de la población total del país. De modo menos frecuente se observan menciones a medidas de la fecundidad y la mortalidad, como acontece en los capítulos dedicados al sector salud. En ocasiones se hace alusión a la migración interna, o más exactamente a la migración rural-urbana, en los acápites destinados a la planificación regional. Finalmente, aun cuando rara vez de modo explícito, los planes contienen referencias a proyecciones de población.

Del examen efectuado acerca del contenido demográfico de los planes emergen algunas apreciaciones críticas que guardan relación con el tipo de datos presentados y con el tratamiento que se hace de los mismos en los diagnósticos y en los análisis de las perspectivas de desarrollo. Estas apreciaciones no se refieren a cada plan en particular, sino a lo que se ha detectado como situación frecuente en la práctica de los diversos países de la región.

Corrientemente, los datos demográficos que se presentan aparecen sin indicación de su calidad y, en apariencia, son ofrecidos sin haber sido suficientemente evaluados en términos de su cabalidad y exactitud. Muchos de estos datos se refieren a la población total del país y representan cifras agregadas o valores medios que no permiten percibir el grado de heterogeneidad social y espacial existente. Además, la información reunida suele ser parcial, en el sentido que no se

hace uso del conocimiento disponible sobre las tendencias demográficas, dejando la impresión de que se omiten los hallazgos alcanzados por investigaciones y estudios específicos. No obstante que en unos pocos planes se muestran numerosas cifras de tipo demográfico, rara vez se hace un uso efectivo de ellas en las diferentes secciones contempladas, produciendo el efecto de una mera recopilación estadística de escasa utilidad.

Las variables demográficas suelen ser tomadas como datos exógenos al proceso de planificación. En efecto, como ellas no son consideradas de manera interrelacionada con las variables económicas y sociales que se incluyen en los diagnósticos, se pierde la potencialidad de analizarlas en su calidad de causas o de efectos de los problemas del desarrollo que se identifican. Algunos de los planes de más reciente formulación han tratado de superar esta deficiencia aunque de manera poco fructífera. Así, en estos casos se ha llegado al reconocimiento de problemas adjudicados a las tendencias demográficas sin que se trascienda el plano de la descripción de síntomas. Tal aproximación resulta ser bastante simplista, como suele ocurrir cuando no se explica por qué una determinada situación constituye un problema ni se precisa el mecanismo de causalidad que permitiría evaluar su gravitación. Como ejemplo de este tipo de enfoque se encuentran declaraciones acerca del problema que involucra un crecimiento muy acelerado de la población o una desequilibrada distribución de los habitantes en el territorio; no se indica cuáles son los criterios para definir lo que es un crecimiento muy acelerado o una distribución desequilibrada, ni tampoco se señala qué es lo que se estimaría como adecuado.

En los análisis sobre las perspectivas del desarrollo se suele eludir el tratamiento de las eventuales influencias o efectos que aquéllas tendrían sobre las tendencias demográficas; tampoco se consideran las posibles implicancias de estas últimas sobre algunos aspectos de las primeras. A causa de esa omisión, los planes dejan de lado la posibilidad de evaluar distintas alternativas de evolución de la población; es decir, no se conciben proyecciones demográficas condicionadas por los cursos de acción previstos para las variables económicas y sociales. Por lo demás, las proyecciones de población contenidas en los planes generalmente se usan para estimar, de un modo más bien mecánico, la magnitud de la fuerza de trabajo y las demandas agregadas de consumo y de servicios sociales básicos; no es frecuente que esas proyecciones se tomen en cuenta para evaluar otros posibles efectos de la futura evolución demográfica, particularmente sobre el ahorro, la inversión, la distribución del ingreso. De otro lado, los planes iden-

tifican diversas políticas que, sin duda, están llamadas a tener profundos efectos sobre las variables demográficas; sin embargo, esos impactos no son considerados; aun cuando existen dificultades metodológicas para realizar evaluaciones ex-ante, sería posible discernir, al menos en términos cualitativos, algunos de ellos.

Ahora bien, habría que insistir una vez más que los insumos demográficos son necesarios no sólo para las unidades centrales de planificación, sino que ellos resultan de fundamental importancia para las diversas instancias de gestión administrativa. Sin duda que los organismos de gobierno municipal o provincial, así como las múltiples entidades ejecutivas de los sectores productivos, de dotación de servicios y de provisión de infraestructura, requieren de antecedentes bastante pormenorizados acerca de la situación demográfica. Todo este vasto campo de demandas se encuentra aún débilmente atendido.

V. 2 *Lineamientos para incorporar los insumos demográficos en la planificación*

Una estrategia destinada a lograr una inserción explícita de los insumos demográficos en la planificación requiere del cumplimiento de ciertas condiciones básicas. La primera de ellas corresponde a la generación de un sistema de información que contemple la disponibilidad de datos y estudios sobre la situación demográfica. Una segunda condición es la necesidad de integrar efectivamente esta información en la elaboración de los diagnósticos de los planes. De igual modo será preciso incorporar el conocimiento resultante de esos diagnósticos en los análisis de tipo prospectivo. Por último, se requerirá garantizar la presencia de contenidos demográficos en el diseño de las políticas que se deriven de los planes.

Para la generación de un sistema de información demográfica capaz de proveer insumos válidos en el proceso de planificación es impreciso elaborar datos y análisis relativos a diversos temas particulares. En general, cabe reconocer dos áreas fundamentales: aquella que se refiere al estado de la población (que corresponde a especificaciones sobre tamaño, estructura y composición) y aquella otra que concierne a los componentes del proceso de cambio de población (comprendiendo las variables básicas: fecundidad, mortalidad y migración). Con el objeto de superar las visiones de corte general y abstracto que se relacionan con la población total, será preciso que esta información (datos y estudios) sea organizada de manera que se reco-

nozcan tres planos distintos de especificación. Primeramente, la identificación de grupos humanos definidos según atributos sociales, económicos y étnicos que reflejen la heterogeneidad existente dentro de cada formación social particular. En segundo lugar, la determinación de unidades espaciales que posean significación en términos de administración, ejecución y asignación de recursos (divisiones administrativas, regiones). Por último, la agregación de antecedentes de tipo individual para reconocer hogares y familias. Tanto la información de tipo global como la de naturaleza más específica poseen alta funcionalidad para las diversas instancias del proceso de planificación.

Con el objeto de integrar la información demográfica en la elaboración de los diagnósticos será necesario analizar la misma conjuntamente con la relativa a los diversos procesos económicos, sociales y políticos que interactúan dentro de cada situación objeto de planificación. Esto implica establecer los determinantes de los procesos demográficos y detectar las consecuencias que se derivan de los mismos y que constituyen factores condicionantes de los problemas del desarrollo. De modo más particular, se necesitará determinar los efectos del proceso de cambio económico y social y de sus múltiples componentes (distribución del ingreso, sistemas de educación y salud, condiciones de vivienda, dimensiones culturales, posición de la mujer, tecnología) sobre cada una de las variables demográficas básicas (fecundidad, mortalidad y migración). Paralelamente, habrá que indagar acerca de la evolución de las consecuencias que reportarán las tendencias demográficas sobre aspectos determinados del desarrollo económico y social (como el empleo, la salud, la educación, la vivienda, el ahorro, la inversión, el consumo, la distribución del ingreso). En algunos rubros particulares, como el empleo, el análisis de los problemas deberá integrar, dentro de modelos explicativos globales o parciales, a las variables demográficas; de esta manera deberá cautelarse que la población esté efectivamente inserta en el estudio de tópicos tales como el incremento del producto nacional, la elevación de la productividad y el cambio estructural de la economía. De la misma manera, en el caso de la salud habrá que especificar, con el mayor grado de detalle posible, cómo operan las condiciones conducentes a determinados niveles de mortalidad y de fecundidad para grupos particulares de la población.

Tanto los análisis procedentes del diagnóstico como la evaluación de los problemas y disposiciones políticas para enfrentarlos constituyen un conocimiento fundamental que deberá ser incorporado en la consideración de las perspectivas futuras y en la proyección del proceso de desarrollo. De nuevo será preciso poner en práctica

enfoques de tipo integrador que tengan en cuenta las interrelaciones entre variables demográficas, económicas y sociales. Así, se estará en condiciones de advertir cómo a diferentes evoluciones de la dinámica social y económica podrán corresponder distintos tránsitos demográficos, así como apreciar cuáles podrían ser los recíprocos condicionamientos previsibles para el futuro. Solamente siguiendo este camino se podrá traducir, de manera precisa, objetivos en metas cuantitativas que tengan en cuenta las tendencias demográficas y su expresión en distintos hitos temporales.

Un tratamiento endógeno de las variables demográficas en la determinación de las perspectivas futuras del desarrollo planificado conduce a la presencia de aquellas en la definición de las políticas públicas. De hecho, esto significa la elaboración de una política demográfica general que involucre su inserción en las diferentes acciones y programas específicos que formule el sector público. Una política de empleo, por ejemplo, deberá tener en cuenta, por lo tanto, las consideraciones que en materia de migración contenga la política demográfica en la medida que los balances entre oferta y demanda de fuerza de trabajo, la incorporación de tecnología y el establecimiento de diferencias salariales, establecerán oportunidades objetivas para la movilidad de la población a través del territorio; por ende, será preciso evaluar sus efectos para decidir acerca de su aceptabilidad. En forma similar, las políticas de salud habrán de vincularse estrechamente con los contenidos de la política demográfica en cuanto a fecundidad y mortalidad.

Por otra parte, los elementos propios de la política demográfica y la información de base servirán para la identificación de la población-objetivo a la que se encaminarán las acciones públicas, así como para evaluar la ejecución de las mismas y para determinar los costos pertinentes. Todos estos aspectos son, a su vez, componentes esenciales de la eficiencia y eficacia de las políticas y programas. En particular, el conocimiento demográfico, además de auxiliar en el diseño de políticas, permite evaluar la pertinencia y efectividad que podrían tener las acciones públicas, teniendo en cuenta las posibilidades de introducir cambios en las tendencias de la población y de conseguir efectos deseados, o de obviar los no deseados.

Los lineamientos estratégicos reseñados para la incorporación de las variables demográficas en planificación no están exentos de problemas. En realidad, el hecho de que tal inserción muestre tantas deficiencias en la experiencia latinoamericana es un signo claro de estas dificultades. Cabe señalar entre éstas las que se derivan de las fuentes

de información, el conocimiento disponible, los recursos humanos existentes, los arreglos institucionales y los elementos metodológicos.

Muchos países presentan serias deficiencias en materia de fuentes de datos demográficos que permitan generar datos confiables de manera oportuna. Aun cuando se han conseguido avances importantes en términos de la periodicidad de los censos, de la velocidad del procesamiento de los datos y de la incorporación en los cuestionarios de preguntas apropiadas para la medición de las variables demográficas, todavía queda un largo camino por recorrer. No obstante que los censos son una fuente de primer orden para el estudio de los procesos de la población, es importante que los mismos se complementen con encuestas periódicas de la mayor representatividad para mantener actualizadas las bases de datos. Asimismo, se requiere continuar profundizando las posibilidades de desagregación de la información según grupos sociales y unidades espaciales. También se observa en los países de la región una serie de limitaciones en los sistemas de estadísticas vitales; en algunos casos es factible conseguir mejoras a costos razonables. En esencia, una tarea pendiente es la definición de una política de información demográfica.

Aparentemente, la carencia de datos apropiados, además de la escasa dotación de recursos humanos calificados, se encuentran entre los factores responsables de las deficiencias que se advierten en el ámbito de los estudios demográficos. Por otra parte, se hace imperioso perfeccionar las metodologías para el análisis de la información a fin de generar productos de investigación que, además de acrecentar el conocimiento sobre las tendencias de las variables demográficas, sean de utilidad para la planificación. Los estudios en este campo debieran trascender el plano de las variables demográficas específicas para alcanzar a los determinantes próximos de las mismas, intentando precisar mayormente los comportamientos de grupos particulares de la población. En este sentido cabe reconocer que rara vez los demógrafos han tomado en cuenta los requerimientos de los planificadores en el diseño de sus investigaciones; por lo demás, en muchos de los trabajos demográficos se alcanzan conclusiones potencialmente útiles para satisfacer necesidades de planificación, pero no se las presenta de una manera apropiada como para permitir su efectivo empleo.

Si bien se registra una limitada dotación de personal capacitado en demografía y estudios sociales de la población, también reviste importancia la conveniencia de calificar personal de los organismos de planificación en algunos aspectos de la demografía. De esta mane-

ra podrá crearse un nexo entre diferentes especialistas que permita hacer viable un efectivo trabajo interdisciplinario. Concomitantemente con lo anterior, será del mayor interés explorar los arreglos institucionales necesarios para el establecimiento y consolidación de unidades de población en los organismos de planificación.

Restan aún numerosas dificultades adicionales, de tipo metodológico y operativo, para resolver el problema de la efectiva inserción de las variables demográficas en la planificación. Se requiere continuar trabajando en el diseño de modelos de población y desarrollo de suficiente calidad como para brindar un instrumento conducente a la elaboración de proyecciones económicas y demográficas congruentes. Tales modelos, globales o parciales, permitirían a los planificadores una apreciación más nítida de las interdependencias entre modalidades de cambio de población y de desarrollo. Sin embargo, es indudable que los modelos económico-demográficos disponibles en la actualidad presentan deficiencias, ligadas algunas a dificultades operativas y otras a grados inadecuados de especificación. Estas limitaciones han impedido que los planificadores perciban a estos instrumentos como herramientas de trabajo. Para superar estas resistencias, sería necesario concebir esquemas que permitan determinar las posibles consecuencias, directas e indirectas, de las decisiones públicas antes de que se les ponga en práctica. Una alternativa para la introducción de modelos económico-demográficos en los procesos de planificación y de definición de políticas consistiría en la introducción de componentes demográficos en los modelos que actualmente se encuentran en uso. Sin embargo, debe tenerse presente que un factor inhibitorio tanto para el uso de los modelos económico-demográficos como para la introducción de componentes demográficos en los actuales modelos de planificación, es la débil base empírica con que se cuenta para ilustrar muchas relaciones fundamentales entre variables demográficas, económicas y sociales.

Resulta importante señalar que la distancia entre la práctica actual en América Latina y lo que parecería necesario realizar para una inserción apropiada de las variables demográficas en la planificación del desarrollo es muy amplia. La puesta en práctica de una estrategia que contribuya a superar esta limitación debiera contemplar acciones progresivas. Se trata, en rigor, de un proceso gradual que necesariamente tendrá que desenvolverse en forma de aproximaciones sucesivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ADC, 1984, *Mortalidad y Fecundidad en Costa Rica* (San José, Asociación Demográfica Costarricense, 1984).
- CELADE, 1984 a, *Conferencia Internacional de Población (México, 1984): Declaraciones de las delegaciones de América Latina y del Caribe en las sesiones plenarias* (Santiago de Chile, CELADE, diciembre de 1984; LC/DEM/G.22).
- CELADE, 1984 b, "La Esterilización en América Latina", informe en borrador (Santiago, CELADE, octubre de 1984).
- CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 5, "América Latina, Población Total y Tasas Anuales de Natalidad, Mortalidad y Crecimiento según Proyecciones Recomendadas por CELADE, 1960-2000" (Santiago de Chile, CELADE, enero de 1970).
- CELADE, *Boletín Demográfico*, No. 32, "Proyecciones de Población para los Países de América Latina" (Santiago de Chile, CELADE, julio de 1983; E/CEPAL/CELADE/G.13).
- CEPAL, 1949, *Estudio Económico de América Latina 1949* (docto. E/CN. 12/164/Rev. 1).
- CEPAL, 1983 a, *La Situación Demográfica de América Latina Evaluada en 1983: Estimaciones para 1960-1980 y Proyecciones para 1980-2025* (docto. E/CEPAL/CEGAN/POB.2/L.2, octubre de 1983).
- CEPAL, 1983 b, *Población y Desarrollo en América Latina* (docto. E/CEPAL/CEGAN/POB.2/L.3, octubre de 1983).
- EMF, Encuesta Mundial de Fecundidad. Programa de investigación que abarcó a una docena de países de América Latina y el Caribe.
- ENF, *Encuesta Nacional de Fecundidad (1976): Costa Rica* (San José, Dirección General de Estadística y Censos, 1978).
- IFHIPAL, 1980; 1984, Programa de investigación del CELADE destinado al estudio de la fecundidad en los países de América Latina mediante el método de hijos propios. Se dispone de análisis publicados sobre Costa Rica (1980), Argentina (1980), Cuba (1981), Guatemala (1984) y Panamá (1984).
- IMIAL, 1976; 1984, Programa de investigación del CELADE destinado al estudio de la mortalidad en los primeros años de vida en los países de América Latina. Se dispone de estudios publicados sobre Costa Rica (1976), Bolivia (1977), El Salvador (1977), Paraguay (1977), República Dominicana (1977), Perú (1977), Ecuador (1977), Chile (1977), Colombia (1977), Nicaragua (1977), Guatemala (1978), Argentina (1978), Honduras (1978), Cuba (1980), Panamá (1983) y Guatemala (1984).

- Malthus, T.R., 1798, *Primer Ensayo sobre la Población* (Madrid, Alianza Editorial, 1970).
- Notestein, Frank W., 1945, "Population: The Long View", en Schultz, Theodore W., ed., *Food for the World* (Chicago, University of Chicago Press, 1945).
- Pinto, Aníbal, 1976, "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina", en: *Revista de la CEPAL*, primer semestre de 1976, pp. 97-128.
- Prebisch, Raúl, 1963, *Hacia una Dinámica del Desarrollo Latinoamericano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1963).
- Prebisch, Raúl, 1970, *Transformación y Desarrollo, la Gran Tarea de América Latina*, informe presentado al BID (Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, mayo de 1970).
- Stavenhagen, Rodolfo, 1966, "Siete Tesis Equivocadas sobre América Latina", en: *Desarrollo* (Bogotá), Año I, No. 4 (septiembre de 1966), pp. 23-27.

**Este libro se terminó de imprimir,
en los Talleres Gráficos de Trejos
Hnos. Sucs. S.A., San José – C.R.**